

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.



Retrato del arzobispo de Cantorbery, por Holbein.

El retrato que precede, cuyo original existe en el museo del Louvre en Paris, es una obra maestra entre las obras maestras del célebre artista Juan Holbein. Jamás la naturaleza se estudió mas profundamente, ni se reprodujo la vida con mas ilusion. Todos los detalles de esa cabeza de anciano,

25 de Marzo de 1851.

no, la fisonomía, las arrugas, el tono y los movimientos de la carne, todo es digno de estudio, todo es admirable.

Juan Holbein nació en Basilea el año 1495; su amigo Erasmo le envió á Inglaterra con una recomendacion para el canciller Moro, el cual le dispensó buena acogida y le

TOMO IX. 7

presentó á Enrique VIII. Este monarca, que era muy aficionado á las bellas artes, apreció dignamente la habilidad de Holbein dispensándole su proteccion.

Un dia que el monarca salia del estudio del artista de contemplar la obra que imperfectamente reproducimos en nuestro grabado, se le presentó un conde quejándose de haber sido echado del taller del pintor, donde penetró sin permiso ni del rey ni de Holbein; éste habia dado unos cuantos empujones al noble caballero inglés, y toda la corte pedía que fuese arrojado á su vez de Inglaterra.

—No, señores, dijo Enrique VIII; yo puedo hacer cien condes como vds. de otros tantos paisanos, y con cien condes reunidos no podría hacer un Holbein.

Tenia este artista muy buen gusto para la pintura, y jamás incurrió en los defectos del estilo alemán. Con igual acierto trabajaba en la miniatura, en la pintura á la aguada y al óleo; aseguran tambien que lo mismo pintaba con la mano derecha que con la izquierda. Entre los muchos cuadros que pintó, los mas conocidos por su mérito singular son: *El baile de la Aldea, La Riqueza, La Pobreza y El Baile de los Muertos* que igualmente se le atribuye, y cuya pintura existe en una pared de un cementerio de Basilea y representa personajes de todas categorías y de todas edades, bailando con esqueletos una contradanza infernal, imágen de la muerte que indistintamente se lleva á todos los hombres.

Holbein falleció victima de la peste que asoló á Lóndres en 1534.

VIAGES.

CHINA.—MACAO.

El viagero que despues de haber recorrido una gran parte del Asia, toma la vuelta del codiciado imperio celestial, con ánimo de poner en evidencia cuanto encierra de notable ese pais tan misterioso, tan ignorado y desconocido aun para los mismos que habitan la línea divisoria de sus fronteras, en guisa, mas bien, de observadores que de colonizadores filántropos (1) tiene que renunciar por precision á su propósito, ante el inmenso cúmulo de dificultades que á un mismo tiempo le oponen la naturaleza escabrosa del terreno, la falta de noticias verdaderas y el carácter desdeñosamente egoista de los habitantes, que desprecian todo lo ageno sin cuidarse de saber si es bueno ó malo.

Hace cuarenta siglos que esa gran parte del mundo llamada China, dió á conocer los primeros síntomas de una civilizacion estrañamente característica, que tanto tiene de bárbara como de culta, y hasta hoy que han pasado las magnificas conquistas de Alejandro, las famosas usurpaciones de los romanos, las guerras universales de nacion á nacion y de hemisferio á hemisferio, podemos decir que continuamos en la misma profunda ignorancia respecto de las condiciones mas esenciales de su existencia sobre la faz de la tierra. No tenemos, ni podemos tener una idea exacta de las costumbres, ni aun datos aproximados acerca de

(1) Ese es el título que se dan á sí mismos los ingleses residentes en los cuatro puertos abiertos al comercio estrangero desde la ocupacion de los arrabales de Canton.

la estension y el número de habitantes del gigantesco imperio celestial, porque para obtener tan importantes noticias no bastan los esfuerzos aislados de uno ó mas individuos, que hayan podido observar y escribir sin comparacion ni exámen, lo que unas veces les dictaba la sorpresa y otras el miedo de ser descubiertos. Hubiera sido indispensable que una expedicion científica reconociese toda esta parte del Asia, tan diferente en condiciones materiales, en hábitos y creencias, de los demas paises del globo, con los que no tiene un solo punto de semejanza, y no sabemos que ninguna expedicion organizada con acierto, haya penetrado mas allá de la imponente muralla de cuatrocientas cincuenta leguas de estension, que es una de las maravillas del mundo.

Tenemos, pues, que contentarnos con lo poco que uno puede ver por sí mismo, sin arriesgar su vida, que es ciertamente bien poco, y en lo demas que se ha escrito desde *Fernando de Andrade* hasta nuestros dias por varones, algunos de ellos eminentes, no hay peligro de abrir cuantos paréntesis queramos, porque todo ello pudiera ser muy bien por demasiado pintoresco, demasadamente fabuloso.

Macao es un puerto comercial, con su factoria correspondiente que pertenece á los portugueses: se halla situado sobre la isla del mismo nombre, á la embocadura del rio de Canton á los 22° 42' 45" lat. N. y 111° 35' long. E. del meridiano de Paris, segun aparece de las cartas maritimas de A. H. Dufour, que son las mas apreciadas de los pilotos que navegan por la peligrosa mar de China.

La ciudad está edificada sobre la estremidad de una isleta, que se proyecta sobre la punta S. O. de la isla principal, á la cual se une por medio de una lengua de tierra larga y estrecha. A la estremidad de este istmo, que no tiene mas de ciento veinte varas castellanas de longitud, se eleva una débil muralla con una puerta que dá salida al campo, donde hasta hace poco tiempo se conservaba un cuerpo de guardia chino, con el destino aparente de hacer respetar la integridad del territorio, cuando en realidad era una guarida de rateros y *tulisanes*. (1)

La península que pertenece á los portugueses tiene escasamente tres millas de longitud N. E. al S. O., por media milla de latitud: la parte mas estensa que se encuentra al N. de la ciudad, se compone de tierra llana y cascajosa, pero cultivada, como se halla, con inteligencia por el sistema agrónomo chino, da toda clase de plantas, frutas y legumbres de Europa y Asia: las demas provisiones llegan de la parte china de la isla, del continente del imperio, ó de algunos puntos de la Australia y Micronesia.

De aqui resultaba, que cuando los portugueses hacian alguna cosa que merecia el desagrado de las autoridades chinas, lo cual sucedia muy á menudo, atendida la vidriosa susceptibilidad de los hijos de *Confucio*, les cortaban á aquellos los viveres obligándoles, con esto, á someterse, ó hacian que los criados chinos se despidiesen á la vez de todas las casas, ó apaleaban á cuantos tenian la mala suerte de acercarse á la puerta de que hablamos mas arriba, limite estrecho del territorio que les estaba asignado, ó bien guardaban su venganza para las grandes solemnidades portuguesas, y en el momento critico de estarse cele-

(1) Este es el nombre que se dá á los piratas del archipiélago Asiático.

brando un baile ú otra ceremonia cualquiera, estraña á sus usos y costumbres, hacian que todos los *porta-cadeiras* (1) abandonasen sus puestos, colocando así á las señoras y á los nobles hidalgos, en la dura precision de tener que volver á pie á sus respectivas moradas. Por su parte la autoridad portuguesa solia tomar la revancha, dispersando á latigazos los grupos de gente china, operacion que ejecutaban con alegría singular los esclavos negros de Goa ó de Angola, hácia quienes los chinos sienten una invencible repugnancia parecida al miedo.

La poblacion de la península es bastante crecida, y en su mayor parte se halla compuesta de chinos. Todos los funcionarios de la compañía inglesa de las Indias Orientales, residentes en Canton, iban antes á vivir á Macao durante la época de vacaciones comerciales, en que los negocios están paralizados en todos los puertos chinos.

Los portugueses tomaron posesion de Macao en el año de 1586: durante algun tiempo fué esta ciudad el centro de las operaciones de un gran comercio, no solamente con China, sino con el Japon, la Conchinchina, Siam, las islas Filipinas, las de Java, Borneo, Bali, Sumatra, Célebes y otras muchas del archipiélago Océanico. En nuestros días, su importancia ha llegado á ser comparativamente muy poco considerable, y no en verdad porque los esfuerzos del último gobernador hayan sido estériles ó mal dirigidos, sino porque el establecimiento ha ido caducando poco á poco, y se resiente de la falta de actividad y de arrojo que se nota en la metrópoli portuguesa.

La rada de Macao se halla entre la ciudad y la isla del Ladron, y tiene de cuatro á cinco brazas de fondo, lo que obliga á los buques de alto bordo á mantenerse al otro lado de la península, á distancia de cinco ó seis millas, mar adentro al E. S. E. de la ciudad. Los desembarcos de efectos y personas se verifican en *lorchas* chinas, aparejadas con velas de estera y remos, y en *tancales*, especie de pequeñas canoas tripuladas por mugeres del pais.

En el momento en que una embarcacion se presenta á la vista de las islas, y á la distancia muchas veces de treinta millas de la bahía, se vé asaltada por una multitud de prácticos chinos, con sus banderas de vistosos colores, quienes por la módica suma de ochocientas rupias inglesas, ó de cuatrocientas *patacas* españolas, se brindan á conducir el buque con seguridad hasta la rada. Es verdad que las cuatrocientas *patacas* suelen quedar reducidas despues de mucha conversacion en un chapurrado ininteligible de inglés, portugués y español, en que entra por algo la parte mimica, á cuatro ó cinco pesos fuertes españoles, con lo que se dan por satisfechos y bien pagados.

Antiguamente en el momento en que una embarcacion echaba el ancla en la rada, iba el piloto de puerto á dar parte al mandarin (*quan*) de la nacion á que aquella pertenecia, y si habia mugeres á bordo, era preciso entonces pedir al mandarin, al obispo y al senado una autorizacion especial para ponerlas en tierra, en razon á hallarse prohibido terminantemente, sin que sepamos la causa, el que aquellas siguiesen á bordo de la embarcacion hasta Wampou. El mandarin evacuaba las informaciones necesarias, y daba su licencia á un piloto de rio, quien llevaba ademas

(1) Conductores de sillas de mano, oficio á que se dedican los chinos con cierta repugnancia cuando se trata de los europeos.

el encargo de franquear las bocas del Tigris y conducir el barco á Wampou.

En la actualidad no hay nada de esto: el mandarin ha dejado la plaza por mandato de *Seu*, virey de Canton; queriendo sin duda, obligar por este medio al gobernador portugués á que modifique su política, que los chinos llaman *bárbara*; mas este, cuidándose muy poco de las demostraciones y amenazas del celeste imperio, ha permitido que el mandarin salga de Macao, y aun que se lleve consigo á los mercaderes mas acaudalados, los cuales no han vacilado en seguirle.

Los reglamentos chinos no permitian á ningun buque que no fuese español ó portugués, el comerciar con Macao, pero estos últimos prestaban su nombre á los extranjeros por una ligera remuneracion, sin contar con la conivencia de los empleados chinos, que muchas veces embarcaban y desembarcaban las mercancías de los buques no privilegiados, en presencia de las *lorchas* y *faitianes* portugueses. La prohibicion se observaba, sin embargo, de tiempo en tiempo con estremo rigor, mas de algunos años á esta parte ha desaparecido ese esclusivismo vejatorio, con otros varios abusos del código receloso de los chinos, y hoy todos los buques de todas las naciones, así los que llegan de arribada por causa de los temporales, (1) como los que se presentan á comerciar con chinos y portugueses, son admitidos á libre plática sin las formalidades enojosas que en otros puertos, en especial los de Europa, causan tantos perjuicios así al comercio como á los viajeros particulares.

Los derechos de medida (*corid*) (2) y no de tonelada, que pagaban á la aduana china (*hoppo*) los buques españoles y portugueses eran tan módicos y arreglados, que no valen la pena de mencionarse, y aun así, cuando un buque satisfacía una vez los derechos de puerto y se anotaba en el registro del *hoppo*, no volvía á pagar por cada nueva entrada mas que un tercio de la tasa primitiva, en tanto que permanecía registrado.

El *hoppo* (recaudador de aduanas) ó el mandarin por si mismo cobraban ademas de los buques europeos los siguientes derechos.

Buque de 1.^a clase 250, *taels* (3); id. de Macao ó de Manila 50.
Id. . . de 2.^a . . . 24), id. . . ; id. de id. 4).
Id. . . de 3.^a . . . 170, id. . . ; id. de id. 30.

Los barcos cargados de arroz, estaban exentos de los derechos de medida y de aduana, y no pagaban mas que cincuenta dollars al procurador de Macao. Los portugueses

(1) Cuando un buque no privilegiado se presentaba á reparar las averías, causadas por uno de esos *lifones* de la mar de China, que son todavia mas horrosos que los *baquios* de la India y los huracanes de nuestras Antillas, no se le daba entrada en puerto sin licencia del senado, refrendada por el mandarin, cuya formalidad ocasionaba á veces la pérdida del buque.

(2) La medida de longitud usada en China se llama *covid* ó *cobre*: está dividida en diez puntos y es igual á catorce ó veinte y cinco pulgadas inglesas. Para el establecimiento del derecho de medida, se consideraba á los buques divididos en tres clases, en la forma siguiente: 1.^a, los de ciento cincuenta y cuatro *covids* para arriba, adeudaban seis mil doscientos veinte y tres *taels* por *covids*. 2.^a, de ciento veinte á ciento cincuenta y cuatro *covids*, quinientos setenta y dos *taels*. 3.^a, de noventa á ciento veinte *covids* cuatro *taels*. Estos derechos son con poca diferencia los mismos que adeudan los *joncos* de Canton, que trafican con los puertos extranjeros de Asia.

(3) El *tael* de plata vale en China, diez *maces*, cien *candarines* y mil *cash* ó *chapecas*, como se llaman vulgarmente. Despues veremos que la *chapeca*, moneda que tiene seis partes de cobre y cuatro de plomo, está en relacion de uno á tres mil con el peso columnario español. El *tael* se llama en chino *tyang*, el *mace*, *tchen*, el *candarine*, *fiyan* y el *cash* ó *chapeca*, *tis*.

que llegaban de Europa tenían que abonar, además del derecho de medida por *covids* una retribución á los mercaderes *hongs* (1) de Canton, llamada *cousó*, y que variaba desde doscientos dollars por buque de doscientas toneladas, hasta tres mil quinientos por los de quinientas toneladas para arriba.

Todos estos derechos, aunque módicos, y otra multitud de gabelas y entorpecimientos, que sufría el comercio extranjero, en la colonia portuguesa, han desaparecido en

virtud de las disposiciones enérgicas, adoptadas por el señor Amaral, último gobernador de Macao, con el fin de asegurar el supremo dominio de la metrópoli lusitana. Entre estas disposiciones, la última y más importante ha sido sin duda, la supresión de la aduana china, que existía en Macao desde la fundación de la colonia. El señor Amaral declaró su voluntad en un breve despacho, dirigido al comisionado imperial en que le decía: que S. M. fidelísima, habiendo decretado que Macao fuese en lo sucesivo puerto fran-



Vista de la gran pagoda llamada del Mar, en Macao.

ORTEGA

, no podía permitir la continuación de un establecimiento como el de *hoppo*, tan incompatible con el nuevo sistema de libertad, acordado por el gobierno.

Ni el asunto, ni la manera de comunicarlo podía ser muy lisonjero para *Seu*, y se supuso entonces que dicho comisionado aguardaría á que se resolviese la cuestión de la entrada de Canton, para revindicar su supremacía sobre Macao, así como para pedir cuenta de una serie de innovaciones introducidas en la administración del pueblo chino, á pesar de la oposición de los mandarines, y aun de los mismos portugueses criollos.

(1) En Canton y en otros puntos del imperio chino, hay cierto número de funcionarios llamados *hongs* (*security merchants*) que se presentan como caución de los buques extranjeros, responden del pago de los derechos de importación y exportación y cuidan de descargar el cargamento.

No dejaba de ser extraño, en verdad, que al paso que los súbditos de doña María de la Gloria, se oponían á las disposiciones del gobernador de Macao, los naturales chinos abogaban en su favor y ponderaban sus beneficios. Con todo, á los dos meses de haberse notificado al comisionado imperial la abolición de la aduana china, no se había dado el más mínimo paso contra el atrevido acuerdo del gobernador portugués, si se exceptúan algunas órdenes espeditas por el virey de Canton y el consejo de ancianos, para que los mercaderes chinos abandonasen bajo pena de la vida la ciudad de Macao.

Estas órdenes se dirigían á domicilio escritas con tinta encarnada, ó se fijaban en los parages públicos del bazar, de donde el gobernador las hacía arrancar simplemente, por medio de sus agentes, dejando por lo demás á los

chinos en libertad de hacer lo que mas les acomodase.

Es en extremo curiosa una de las circulares espedidas por el consejo de ancianos establecido en *Casa-Branca*, al otro lado del limite, cuya traduccion nos fué facilitada por un ilustrado misionero francés, de la órden de San Vicente de Paul.

Dice así:

«Respetuosa advertencia á los distinguidos señores que pertenecen á los honorables colegios ó asambleas delibe-

rantes de los pueblos.—Señores; se os invita respetuosamente para que concurráis simultáneamente al lugar en donde se halla el consejo el dia 10 del actual, (1) para deliberar sobre el importante asunto del esterminio de los bárbaros (2) y la salida de Macao, y es al mismo tiempo nuestro deseo así como la esperanza de veros, asistirnos con prontitud y fuerza.»

Por la misma época contestaba el emperador con el siguiente enigma, al informe de Seu relativo á la en-



Paisaje chino de fantasia, segun las descripciones de algunos viajeros.

trada de los extranjeros en Canton, y á los atropellos causados por el gobernador de Macao.

RESPUESTA EN COLOR DE BERMELLON.

«Compadecerse de los sentimientos del pueblo. Observar lo que dictan y disponer los asuntos.»

Los chinos, que son los mejores intérpretes de los imperiales enigmas, decian que debía entenderse por estas palabras; que si la compasion del pueblo exigia que se concediese á los extranjeros la entrada en la ciu-

dad y una obediencia ciega á las disposiciones del gobernador, antes de incurrir en las consecuencias de una negativa, que se pasase por todo, aun á despecho de la repugnancia popular; pero que si no podia accederse sin su perjuicio, siendo conforme con la *compasion* el negarlo todo que debía negarse.

Seu, á quien iban dirigidos estos enigmas, igualmente que las escitaciones un tanto violentas de la plebe y estudiantina de Canton, es un chino demente que todo lo hubiera aventurado en una sola jugada por salir del apuro,

(1) Mayo de 1849.

(2) Así llaman á todos los europeos.

y sin embargo, permanecía inactivo, tolerando las ofensas, que los ingleses por una parte y los portugueses por otra, seguían haciendo á la autoridad intangible del celeste emperador. Nosotros abrigamos la creencia de que las cosas hubieran seguido del mismo modo en Macao, si las especies propaladas por los ingleses, americanos, parsis, y aun los mismos portugueses criollos, los cuales iban esparciendo la desconfianza y desacreditando la autoridad del gobernador, con la pintura de males imaginarios, no hubiesen llegado á aterrorizar á los chinos acaudalados, hasta el punto de obligarles á enagenar por prudencia todos sus bienes y huir de Macao, para refugiarse en Hong-kong, Emy, Fuchow, Ningpo y Shanghai, puertos todos abiertos al comercio europeo, desde el tratado de Fohn Davis con el trono imperial.

Por lo demás, la agitacion producida por estos sucesos entre los habitantes indigenas de Macao, tuvo al fin un término desdichado, pues segun anuncian los periódicos ingleses de las colonias de Asia, el digno y valeroso gobernador de la península portuguesa Sr. Amaral, fué asesinado por una turba de bandidos chinos, en el momento de retirarse de paseo con su ayudante, una tarde del mes de julio último. Digno era de mejor suerte el militar aguerrido, el soldado emprendedor y resuelto que con sola una compañía de tropa europea, supo elevar el pabellon de su patria á una altura que jamás llegó á tener en los mejores tiempos de la conquista.

El uso del opio, generalmente llamado *anfion*, tiene sumida en la mas bárbara molición á una parte numerosa del imperio chino, y es probable que acabe por extinguir de todo punto los hábitos varoniles de una raza, que en otro tiempo fué noble y valerosa. Por eso, sin duda, está prohibido el comercio del opio, por el gobierno chino en todo el territorio del celeste imperio. Esto no obsta, sin embargo, para que los portugueses, con su carácter de *moradores*, los holandeses, americanos, parsis y en especial los ingleses, que conservan el monopolio general de esta mortífera planta, introduzcan cargamentos enteros, á un precio exorbitante, á causa de la avidez misma de los chinos, que venden cara su conviencia. Los mandarines son los primeros contrabandistas; á estos siguen los empleados, los comerciantes, los *bonzos*, los pescadores, la gente de mar, en fin cuantos en China figuran para algo, así en el reparto de los cargos públicos de distincion, como en los oficios mecánicos de la sociedad, se entregan con una embriaguez delirante, á la especulacion, casi segura, del opio, sin conocer que su uso lleva consigo, el envilecimiento, la degradacion, la cobardía, la miseria y la muerte.

El comercio del opio se verifica principalmente en Lintin, isla pequeña y miserable, separada de Macao unas treinta millas en la línea de Hong-Kong: allí concurren con sus cargamentos los barcos llamados *anfioneros*: allí están tambien los *champanes* y *lorchas* chinas, encargadas de verificar el trasbordo; allí comparecen disfrazados los comerciantes ricos, los chinos de calidad, los delegados de los mandarines conniventes, y en un instante se verifica el cambio de la yerba venenosa del Indostan, por las talegas colmadas de plata y oro del imperio.

Los buques que no hacen negocio en Lintin, suelen arribar por el Tigris á Canton, y algunas veces se ha visto verificar el trasbordo del opio en la mitad del día,

en presencia del *hoppo* chino y de los *policemen* inglés.

La humanidad se resiente al calcular los estragos que vá haciendo en China este comercio fatal, ejercido casi exclusivamente por la nacion británica. Nosotros no podemos menos de vituperar la transgresion de la ley natural en este punto, al mismo tiempo que elogiaremos siempre la conducta que observan las autoridades españolas de las islas Filipinas, quienes sin embargo de tener mas crédito con los chinos que las restantes naciones del globo, y á pesar de hallarse en mejor posición para especular con ventaja en este negocio, han prohibido el tráfico inmoral de aquella planta, y hasta su uso reservado en la colonia, y solo permiten un fumadero público, donde se obliga á concurrir á los chinos impenitentes, que han llegado á hacer un vicio de semejante aficion, y se les surte de opio, de pipa y cama por una módica cantidad de dinero.

Dicen los misioneros, que han recorrido de incógnito una gran parte de China, que el que vea el bazar de Macao ha visto todo el imperio. Si esta asercion es verdadera, lo que han escrito, lord Macartney, y el erudito autor de la Historia pintoresca del imperio chino, debe reputarse como una pura farsa.

El bazar de Macao, único punto de la ciudad que conserva el carácter indigena peculiar de los chinos, es un enjambre de casuchas construidas de madera, caña y nipa, á imitacion de las barracas de la India. Sus habitantes son todos chinos de baja estraccion, y allí viven hacinados en revuelta mezcolanza, entre torrentes de inmundicia, bajo la pesantez de una atmósfera cargada de miasmas pestilentes y deletéreos, que arrojan las calles y habitaciones el bazar, esperando la llegada de su Mesias, el *Fó* (1) de las idólatras tradiciones del *budismo*.

Casi todos los moradores de aquella enorme cloaca, que dividida en delgadas y menudas arterias, se asemeja mas al depósito de aguas sucias de las grandes ciudades, que á un lugar habitado por seres humanos, se dedican á abastecer de provisiones de toda especie á la poblacion europea, esto es, á la que dimana de la raza de este nombre, porque son muy contados en Macao los que llevan en sus venas la fresca y pura sangre de los hijos del Norte.

Hay, por lo tanto, en Macao dos poblaciones distintas una culta, civilizada, bella y elegante; otra ruda, fanática, inmunda y repulsiva; la una es á la otra lo que la sombra es á la luz, lo que el tabuco es al palacio, lo que la fealdad es al lado de la hermosura. La primera es Macao, establecimiento comercial de los portugueses, que algun dia fué importante, y la segunda el bazar, pueblo chino, á la manera de todos los del imperio, con sus calles tortuosas, largas y exageradamente estrechas, sus tiendas, sus talleres, y sus celebradas pagodas, sus puertas de rústicas y fanáticas tradiciones, sus altares domésticos en honor de los difuntos y sus ofrendas nocturnas en las puertas y fachadas de las casas, donde el perro, centinela perpétuo, cobarde y gruñidor como su dueño, saluda al extranjero con estrepitosos aullidos y acometidas violentas, de que no hay que temer, sin embargo, porque nunca llega á oler siquiera la ropa del transeunte.

(1) En *anamítico* (cochinchino) y chino se dice *Pha*: nuestro alfabeto no puede representar las extrañas entonaciones de esas dos lenguas, cuyas palabras expresamos con la ortografía que usan generalmente los europeos.

La vista de Macao, por la parte de la rada no deja de ser pintoresca: multitud de casas, edificadas al gusto europeo, se extienden formando una graciosa línea por la llamada *Praya-grande*. Este punto, que es el primero en presentarse á la vista del extranjero, convidándole con las reservadas delicias, que solo se encuentran al otro lado del Océano Indico, es también el único que ofrece en Macao un reflejo pálido de la vida bulliciosa de las ciudades de Europa.

Las *Tancaleras* especie de bateleras indígenas, algo mas desenvueltas que las de Pasages han elegido aquel punto como morada de su residencia comun, y aturden con sus descompasados é inarmónicos gritos á cuantos tienen la mala suerte de aceptar sus servicios, (1) que son por desgracia todos los que llegan á la península, á menos que no desembarquen en botes pequeños de á bordo, lo cual no es fácil siempre mas que á la tripulación de los buques de guerra (2).

Por lo demas en Macao reina de continuo un profundo silencio, el silencio de la soledad, el tranquilo y frío silencio del cementerio, porque la verdadera ciudad es muy reducida y sus escasos habitantes viven por lo comun, refugiados en la dulce intimidad del hogar doméstico, huyendo unas veces del excesivo calor y otras del intenso y crudo frío que en ella se experimenta.

La *Praya-grande* ha sido hasta hace poco tiempo el único paseo que contaba Macao, mas desde la llegada á la colonia del señor Amaral, cuyo celo y energía nunca serán encomiados bastantemente, se ha conseguido la construcción á viva fuerza de otro mas digno, desahogado y pintoresco, que con el enfático nombre de *Rampa d' os cabaleiros* pasa formando graciosas líneas por medio del cementerio chino, no obstante la ridícula y ciega veneración que estos consagran al lugar donde entieran sus difuntos, y que segun el dogma general de sus absurdas creencias es una tierra sagrada (3).

En este paseo suelen verse los dias de fiesta algunas damas arrebozadas en mantos indefinibles, que no son ni tan provocativamente misteriosos como los de las *Niñas* de Manila, ni tan celosos ni cumplidos como los de las tapadas de Calderon. Debajo de aquellos pedazos de tela pintorroteada de distintos colores, suele verse un rostro marchito y dege-

(1) Estos consisten en llevar al pasajero en una pequeña canoa llamada *tancal*, desde la especie de barra que forma la playa, hasta un mal desembarcadero de piedra, que está situado cerca del palacio del gobernador. Por este servicio, en que se invierten solamente algunos minutos, suelen pedir á los ingleses un dollars, y á los españoles una *pataca*, pero se quedan contentas y agradecidas si se les entrega un puñado de *chapeas*, moneda de cobre del país, de tan escaso valor que suelen darse 3,000 en cambio de un peso columnario.

(2) El día de nuestra entrada en bahía fué tan considerable el número de *tancales*, que abordó á nuestra *lorcha*, tantos, tan furiosos y tan penetrantes los aullidos que daban las chinas, tan significativos sus avances hacia nuestras personas, que todos creímos dejar cuando menos la ropa entre las largas uñas de las hijas ofensivas de Confucio.

(3) El señor Amaral, tuvo que vencer no pocas dificultades en la ejecución de su atrevido pensamiento, empezando por combatir las preocupaciones fanáticas de los chinos, y acabando por hacer que aquellos idólatras rompiesen ellos mismos las tumbas de sus antepasados y nivelasen el terreno que había de servir para comodidad y esparcimiento de los que llaman *barbaros*. La irritación producida en los primeros momentos, dió margen á algunas asonadas tumultuosas, que se reprimieron en el acto á cañonazos, logrando que los chinos concuerrieran al fin, desde entonces, á la *Rampa* con la sombrilla en una mano y el abanico en otra, sin acordarse seguramente que es una tierra sagrada la que huellan con su planta.

nerado que paraliza la sangre en las venas con su yerta y repulsiva espresion. De vez en cuando se vé tambien alguna que otra china de pie pequeño, de esas que tan difícil es encontrar en los sitios públicos, y se admira uno de que con un pié que se asemeja exactamente á la pata de una cabra, y con una pierna encarcelada en hierro, vendada y empalmada, hasta el extremo de no conservar mas que el hueso revestido de piel, puedan aquellas desventuradas criaturas, andar un solo paso por tierra firme. Pero tal es la moda imperial entre las gentes de clase de la península, y los chinos lo mismo que los europeos y los mogoles, no dejan de quemar incienso á la voluble deidad que vive y reina por todas partes. A este paseo concurren finalmente (algunos de ellos en *cadeiras*) los pocos, los contados europeos que tienen su residencia fija en Macao.

Las pagodas del Bosque y del Mar, situadas, la primera, cerca de la gruta de *Camoens*, donde el divino poeta escribió la mayor parte de su poema la *Lusiada*, y la segunda á la orilla del rio de Canton, son notables por mas de un concepto, aun cuando no esceden ni en lujo, ni en belleza, ni en magestad á la pagoda china de Singapore. En la pagoda del Bosque fuimos testigos de una de esas escenas que pintan de relieve el carácter estrañamente egoista de los chinos.

Sabido es que los habitantes del ponderado imperio celestial, consideran como una gran desgracia el encontrarse al salir de su casa con un bonzo (sacerdote del culto de *Buda*). Esto no obsta sin embargo, para que en los grandes apuros de la vida y en los negocios, cuya buena solución no se ve clara, vayan los chinos llenos de humildad á consultar al bonzo de la pagoda favorita, y este, despues de quemar los papeles sagrados y jugar unos palitos, con mil fórmulas misteriosas y estravagantes, á la manera de nuestros saltimbanquis y polichinelas, llena al pobre diablo de ilusiones y esperanzas que casi nunca se cumplen.

Uno de estos sucesos acababa de tener lugar en la pagoda del Bosque, en el momento de visitarla nosotros, el día 20 de mayo de 1849. El hecho tal como nos lo contaron fué el siguiente.

Un chino de calidad, obeso y reluciente como un maridarin, deseaba llevar á buen remate una empresa de comercio en Shanghai, y quiso asegurarse completamente del éxito antes de esponer sus capitales. Con este motivo se dirigió á la pagoda del Bosque, y despues de consultar al oráculo-bonzo, que acomodó su vaticinio á la recompensa metálica ofrecida por el chino, salió este lleno de confianza de la pagoda y se puso en camino; pero el diablo, que sin duda no era muy amigo del pobre bonzo, arregló las cosas de manera, que el chino no solamente perdió su dinero, sino que estuvo espuesto á naufragar, y casi perdió la vista. El chino, que por su parte, no debía ser hombre muy resignado, para aceptar de esa suerte los decretos de la Pythonisa, se presentó de nuevo en la pagoda al otro día de haber llegado á Macao, y despues de lanzar mil improperios y denuestos contra el desdichado bonzo, sacó un delgado bejuco, que llevaba oculto en sus calzones, y no cesó de descargar bejucazos sobre las costillas del indigno sacerdote, hasta que este dió con su cuerpo en tierra, todo bañado en sangre.

Estas escenas se reproducen tan á menudo en las pagodas chinas que parece increíble, que haya quien quiera

desempeñar todavía el doloroso encargo de interpretar á Buda.

La pagoda del Mar es la mas pintoresca, y se halla consagrada á *Neaoma*, doncella castísima, que habiendo navegado en otro tiempo al Japon, contra lo prevenido en las leyes del pais, respecto á la salida de las mugeres del imperio chinó, naufragó en el champan que la conducia, y á fin de que los pescadores y marineros de Macao no se vean nunca espuestos á sufrir semejante desgracia, consagran culto á la náufraga en el templo que la han erigido á su costa, y que se halla edificado sobre roca viva en una elevada montaña. Otra pagoda mas grande y aristocrática hay tambien en Macao, construida bajo la invocacion de *Amacó* (nuestra madre) y en ella se rinde homenaje á *Confucio*, no como á un ser divino, sino como á hombre mortal, cuyo talento y virtudes fueron el áncora de salvacion del antiguo imperio.

En Macao existe de continuo un gran número de misioneros italianos, franceses é irlandeses de la congregacion de las misiones extranjeras; nosotros tenemos tambien una procuracion de las misiones españolas, que se halla á cargo de los frailes dominicos, y ocupa un magnifico edificio construido dentro de la ciudad, á espensas de la órden residente en Manila.

No diremos nada acerca de los usos y costumbres de los chinos de Macao, porque apenas habrá uno solo entre nuestros lectores, que no haya leído alguna cosa sorprendente sobre ese punto. Nosotros hemos visto parodiar las portentosas descripciones escritas sobre casamientos, entierros y solemnidades religiosas, por algunos de esos viajeros impresionables que se imaginan ver lo que no existe: decimos esto, porque ni las pagodas del budismo, ni las casas tan celebradas por su misterio, ni las ceremonias idólatras del pueblo, ni los obesos bonzos, ni las mugeres de la plebe, ni las mugeres de calidad, ni las costumbres de las cabañas, ni los usos de los salones, ni nada, en fin, de lo que cuentan las historias pintorescas del celeste imperio, tiene la mas minima semejanza con lo que realmente existe y se dice haber visto en el calor, tal vez, de un necio y fugitivo entusiasmo:

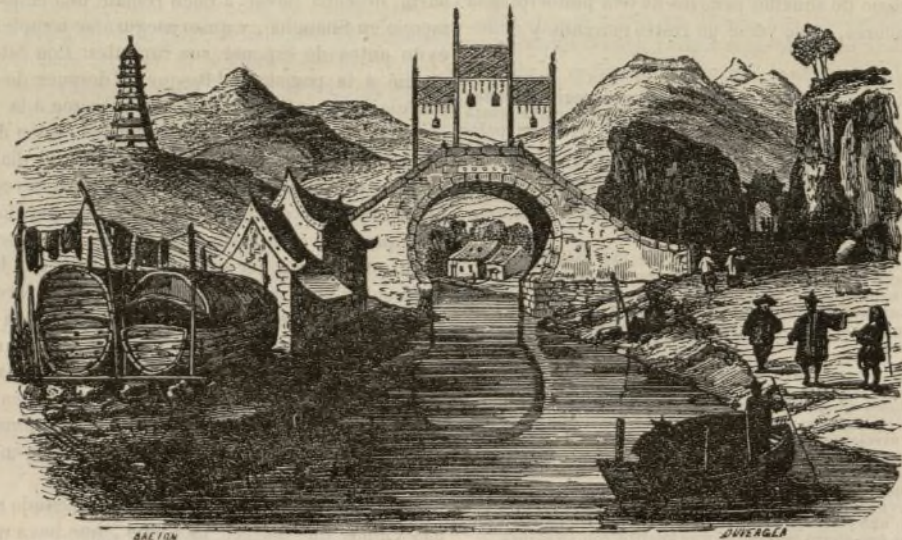
Lo que hay de cierto en Macao (1) en estos momentos, es un porvenir bien triste para toda la plaza. Suprimida hace poco la aduana china, y coartado el mandarin por la autoridad portuguesa en sus inmensas facultades de mando, toda la gente de distincion entre los chinos acaudalados, se ha retirado al interior del imperio, abandonando el comercio. El mandarin de Canton ha decretado sobre el particular medidas terminantes y decisivas, y á la hora en que escribimos estas líneas, es mas que probable que no hayan quedado mas que pescadores é hidalgos dentro de Macao.

Para acelerar la partida de los que se manifestaban rehacios, hubo hace pocos dias un consejo de ancianos en el campo situado al otro lado del limite, en el que se acordó por unanimidad, que todos los chinos obedeciesen, bajo pena de la vida, al mandarin de Canton. De aqui es que los pocos comerciantes que aun permanecian en Macao, se estaban disponiendo para alejarse á toda prisa de un mercado, donde segun ellos no tienen garantías de ningun género. Mas de treinta mil habian abandonado ya sus casas, y los demás que quedaban no tardarán en hacer otro tanto.

Para nosotros es esta una cuestion de suma importancia. Los portugueses han logrado sacudir en realidad la vergonzosa tutela en que vivian dentro y fuera de Macao; pero cuando el comercio todo de los chinos haya desaparecido, cuando no quede en la plaza ni un solo capitalista indígena, cuando no haya, en fin, mas que hidalgos y pescadores en Macao, ¿qué será del comercio de ese antiguo é importante establecimiento? ¿qué será de Macao con sus bonitas casas desiertas y abandonadas? Para nosotros, lo repetimos, es esta una cuestion mucho mas delicada que la de los ingleses en Canton, porque ya sea que el comercio chino vuelva á ocupar la plaza del modo que solicita, ya apele el gobernador á medidas decisivas y salvadoras, Macao se halla amenazado de muerte con la apertura del puerto franco de Hong-kong, que es su rival mas terrible.

F. SEFÜLVEDA.

(1) Las siguientes líneas se escribieron antes de saberse los sucesos desgraciados, que han puesto término á la crisis suscitada en Macao con las medidas que dejamos mencionadas.



ESTUDIOS HISTÓRICOS.



Sálvese Roma y perezca vuestro hijo.

SESION BORRASCOSA DEL SENADO ROMANO.

(EL 9 DE ABRIL, AÑO 294 DE LA F. DE R.).

1.

Todos los pueblos antiguos tienen un origen tan fabuloso que casi raya en la incredulidad. Roma, por ejemplo, la ciudad eterna que fué señora del mundo y que en el día, como capital del orbe católico, encierra preciosidades que hacen recordar su antigua grandeza, es en extremo curiosa su fundación.

Dice la historia que habiendo obligado á *Rea-Silvia*, hija única de Numitor, rey de Alba, á tomar el estado de sacerdotisa de la diosa Vesta, quebrantó el voto dando á luz dos gemelos que después se llamaron Remo y Rómulo, los cuales fueron arrojados inmediatamente al Tiber en una canastilla forrada de planchas, para que pereciesen en las aguas y no quedase memoria de su nacimiento; que las aguas, sin embargo, echaron por casualidad la canastilla á

TOMO IX.

un parage seco de la orilla del río, y una loba que acosada de la sed, llegó á la sazón al mismo sitio les dió de mamar, hasta que un mayoral de los rebaños del rey, llamado Fástulo, se los llevó á su cabaña y los crió como hijos suyos. Fueron, pues, creciendo éstos dos niños, y desde sus primeros años dieron muestras de gran valor, tanto, que llegaron á hacerse temibles de los bandoleros y salteadores del país, adquiriéndose con el tiempo gran reputación y muchos partidarios.

Este predominio y esta nombradía les hizo concebir el pensamiento de edificar una ciudad en la misma cabaña donde habían sido educados. La nueva población empezó á tener forma de tal por unas barracas de madera que se construyeron muy á la ligera, ofreciéndose desde luego refugio en ellas á toda clase de delincuentes y llamándolas el templo del dios Asilo. Ningun criminal se entregaba de los que allí se guarecían, aun cuando fueran reclamados por la justicia de los pueblos vecinos, y de este modo vieron poblada su ciudad en muy poco tiempo.

Al tratarse entre los dos hermanos sobre la demarcación

8

de los límites que había de tener la nueva población, hubo un reñido altercado que vinieron á las manos, y Remo perdió la vida á las de su propio hermano á quien dicen había irritado sobremanera saltando como por desprecio el foso que se estaba abriendo.

Solo ya Rómulo continuó la obra sin que nadie se le opusiera, y con mil hombres tuvo la gloria de fundar una ciudad que de su nombre se llamó *Roma*, y despues dictó leyes al mundo entero. Se levantó la muralla en pocos años, se construyeron edificios, y se arregló, en fin, un gobierno de monarquía mixta, en el cual el poder supremo estaba repartido entre Rómulo, primer rey, un senado que le servía como de consejo y la asamblea del pueblo.

Las facultades del rey estaban reducidas á convocar el senado y la asamblea del pueblo, proponer los asuntos, marchar á la cabeza de las tropas luego que por un decreto público se declaraba la guerra, y señalar los objetos en que se habían de invertir las rentas del Estado, cuya custodia estaba al cargo de dos tesoreros. Con estos elementos fué creciendo la población como la espuma, y en el primer censo, ó padron de todos sus vasallos, subió á tres mil hombres de á pie y trescientos de á caballo, que los dividió en decurias, y centurias para tenerlos siempre organizados. La fama del gobierno establecido en la nueva población de Roma, y la curiosidad de las gentes circunvecinas atraía diariamente nuevos pobladores; pero conociendo Rómulo que solo faltaban mugeres para asegurar la duración y permanencia del estado fueron pedidas á los sabinos, población la mas inmediata á Roma, cuya demanda fué desechada con desprecio. Resentidos los romanos de este insulto juraron tomar por fuerza lo que no querían darles voluntariamente, y al efecto anunciaron unas grandes fiestas á Neptuno, que por la curiosidad concurrieron los pueblos comarcanos con sus mugeres y sus hijas, especialmente los sabinos y muchas familias de Cenina y otras ciudades. Empezó, pues, el espectáculo con las luchas, las carreras y otros juegos, y cuando los extranjeros estaban mas distraídos, hizo señal Rómulo y los romanos se arrojaron en medio de ellos con espada en mano apoderándose de sus hijas.

Este rapto tan audaz dió mucha nombradía á Roma; pero en cambio tuvieron que sostener muchos años guerra contra todas las ciudades limitrofes, hasta que, combatiendo siempre con valor heróico consiguieron destruirlas, trasladando los habitantes á su ciudad para hacerla mas poderosa y mas grande.

Doscientos cuarenta y cuatro años, que empiezan á contarse en el de 753 antes de Jesucristo, duró la monarquía mixta de Roma y durante este periodo tuvieron siete reyes que procuraron cada uno de por sí engrandecer mas y mas su ciudad, dando leyes sábias, tanto civiles como religiosas, que dulcificaron el carácter feroz de los romanos; menos Tarquino el soberbio, último rey, que convertido en un tirano cercenó la libertad del pueblo, decapitó á todo el que le hacía sombra por sus riquezas y por su valer, librándose únicamente de su crueldad Lucio Junio porque se fingió fá-tuo, poniéndole como por desprecio el sobrenombre de *Bruto*. La menor sospecha era castigada por Tarquino con la muerte ó con el destierro; y muchos de los primeros senadores perecieron en secreto, sin mas delito que porque lamentaban los males de la patria. En una palabra, el despotismo había erigido su trono sobre las ruinas de las leyes

del fundador, y todos suspiraban por la mudanza de gobierno cuando el atentado de Sexto, hijo de Tarquino, contra la *casta Lucrecia* les presentó una ocasion favorable para concluir con la monarquía.

Lucrecia, esta matrona romana muger de Colatino, viéndose deshonrada, convocó á su casa á su padre, á su marido y á sus parientes, entre los cuales figuraban Lucio Junio Bruto y Valerio. Cuando estuvieron reunidos les refirió el infame atentado de Sexto pidiéndoles venganza contra él, y en seguida se atravesó el pecho con un puñal cayendo muerta á los pies de su padre. Todos quedaron consternados mirándose uno á otro con tan lamentable escena: pero Junio Bruto, sacando el puñal del pecho de Lucrecia y quitándose la máscara de estupidez aparente con que vivía.

—Si, dijo en alta voz, yo te juro solemnemente vengar la injuria ¡virtuosa Lucrecia! y pongo á los dioses por testigos que sacrificaré mi vida por la libertad de la patria, y derramaré con gusto mi sangre antes que consentir que la casa de Tarquino, ni ninguna otra, vuelva á reinar jamás en Roma.

Hizo conducir el cadáver de la hermosa Lucrecia á la plaza pública: allí arengó al pueblo con tal vehemencia que fué el principio de la revolucion, y corriendo en tropel por las calles reunieron el senado y fué condenado Tarquino con toda su posteridad á perpétuo destierro, constituyéndose el nuevo estado en República.

Tarquino, sin embargo, dejó memoria en Roma porque hermoseó la ciudad con varios edificios públicos, y entre ellos construyó el templo del *Capitolio*, llamado así por una cabeza de hombre que se halló en lo mas hondo de la escavacion que se hizo para sus cimientos. Y los adivinos, que de todo sacaban partido, aprovecharon esta incidencia para publicar que Roma seria algun día la señora del mundo y la capital del universo.

II.

En la nueva era en que entró Roma con su república fueron elegidos del seno de los patricios dos magistrados, que con el título de *cónsules* ejerciesen el poder ejecutivo. Bruto, autor de la conspiracion, y Colatino, marido de Lucrecia, obtuvieron el consulado. Empezaron, pues, sus funciones con actos de severa justicia hasta el caso de que, por conspiradores á la república, el mismo Lucio Junio Bruto tuvo que pronunciar ante el tribunal del pueblo la sentencia de muerte contra sus dos hijos y presenciar la ejecucion.

Roma no poseía entonces mas territorio que trece leguas de largo sobre diez de ancho, y como ya contaba con seiscientos mil habitantes y todos guerreros, llevaba sus armas victoriosas á todas partes, combatiendo contra los agresores y haciéndose cada vez mas temible el nuevo estado. Murió Bruto en una batalla y los cimientos de la república se regaron con la sangre de su principal autor, llevándole las mugeres luto por un año.

Por su muerte entró al consulado Valerio Publicola, y aun cuando era muy popular fué acusado de que aspiraba á la tiranía por haber labrado una casa en un sitio que dominaba la plaza pública; pero con el objeto de restablecer su buena opinion la mandó demoler, concediendo al pueblo otras garantías que le grangearon el aprecio de los ciuda-

danos. Roma, honrando el valor, formaba héroes; pero, sin embargo, había en su propio seno un principio de insurrección que hacía desconfiar de los mejores patricios. Por esta razón consintió el senado en la creación de unos tribunos que abogasen por la causa del pueblo; tribunos que después *Marcio Coroliano* les juró un odio eterno llamándoles el tósigo de la tranquilidad pública.

Coroliano fué un general afortunado que derrotó á los volscos completamente y tomó por asalto á Coriola su capital. Por esta victoria le fué concedida la décima parte del botín, pero su desinterés hizo rehusarla mandando que se repartiese entre los soldados, cuya acción le valió el sobrenombre de *Coroliano*. Era hombre severo y altivo sin conocer jamás el miedo.

Por las disensiones interiores de Roma se abandonó la agricultura, y no tardó mucho tiempo en sobrevenir un hambre espantosa, que los pobres solo se alimentaban con yerbas y raíces. Para precaver en cierto modo el mal determinó el senado fundar una nueva colonia, esto es, acordó desterrar cierto número de ciudadanos; pero estos preferían una garba de tierra en Roma á poseer mil en otra parte.

El interés del dinero en Roma no bajaba en aquellas circunstancias del doce por ciento al año. Si en el trascurso de dos años no podía pagar el deudor, se veía obligado á satisfacer los réditos del rédito principal, luego á vender su campo que lo había hipotecado á la deuda, y en último resultado á entregarse á sus acreedores con su muger y sus hijos. Sometidos entonces á los trabajos y á los castigos de los esclavos eran cargados de cadenas y puestos en una prisión húmeda y tenebrosa. Sino cumple la sentencia, decía la ley, si nadie responde por él, se lo llevará el acreedor y lo atará con correas ó con cadenas que pesen quince libras cuando mas, ó menos de quince libras si así lo quiere el acreedor: que el preso se mantenga á su costa, y cuando no, socorredle á vuestra voluntad con una ó mas libras de harina. Morir de hambre ó tomar prestado de los patricios (los senadores ricos) hipotecando su primera victoria, esta era la triste situación á que se veían reducidos entonces los plebeyos.

En tan lamentable estado se encontraba Roma en el año 294 de su fundación con ochocientos mil habitantes, contando entre ellos los libertos y los esclavos, sin tener pan para sus familias, cuando en el momento que el pueblo hambriento, instigado por los tribunos, se preparaba á comer los mayores escesos, llegaron de Sicilia los trigos que enviaba el tirano de aquella isla. También llegaron los que traían otros mercaderes y al propio tiempo entró con el producto de sus correrías una expedición victoriosa. Al punto se reunió el senado, y durante muchos días se debatió la cuestión de si distribuirían al pueblo todas las provisiones, ó si se le dejaría morir de hambre hasta que se rindiese á discreción y renunciase todas las concesiones que su retirada al Monte Sagrado obligaron al senado á concederle.

En la discusión se distinguió por su violencia uno de los senadores llamado por sobrenombre *Coroliano*, de cuyas hazañas militares hemos hecho mérito ya. Este general que desconocía aquellas virtudes dulces y tranquilas, que insinuándose en los corazones atraen la voluntad y la cautivan, se propuso con la oposición que hizo á distribuir gratuitamente á los pobres los granos, sacar de quicio al pueblo,

aprovechando tan feliz coyuntura para abolir el tribunado y anular los convenios del Monte Sagrado; pero exasperados los plebeyos amenazan abandonar otra vez la ciudad.

—Los plebeyos, gritó en alta voz Coroliano, nos han arancado el perdón de sus deudas..... debemos, pues, venderles el trigo al precio mayor que haya podido tener en los días mas calamitosos del hambre, y á condicion de que en el instante mismo renuncien todas sus prerogativas en favor del senado. Y si los tribunos, añadió, persisten en alterar el orden de la república, apelaré á medidas mas eficaces que las palabras para reprimir sus insolencias.

Esta declaración fuerte de *Coroliano* enfureció á los tribunos, de tal manera, que arengaron al pueblo y dieron orden por sí y ante sí á los ediles de conducir por fuerza á *Marcio Coroliano* al tribunal del pueblo constituido en la plaza pública; pero los demas senadores rechazaron á los ediles á puñadas y las dos clases se reunieron en sesión permanente. En el Foro condenó el tribuno Beluto á muerte á *Coroliano* por haber insultado á los ediles: en el senado empezaban á asustarse, y al fin consintieron en no dejar morir de hambre al pueblo; pero no habiendo apaciguado al tumulto esta concesión y observando que la ciudad iba llenándose de campesinos que por todas partes llegaban al socorro de los ciudadanos, se decretó por el senado que en las nonas de abril, esto es, el día 9 del mismo, se celebraría una asamblea extraordinaria para decidir si los plebeyos tenían ó no derecho para juzgar á un senador.

Tales eran los sucesos que habían causado tan grande agitación en Roma, y tal el objeto de la sesión borrascosa que vamos á describir.

III.

Desde las calendas de abril, es decir, desde el día 4.º del mismo, recorrían los viatores en todos sentidos los campos de Roma para noticiar á los senadores que debían concurrir á la ciudad el día 9 del mismo; y el pregonero, ó sea la voz pública, anunciaba en el Foro todas las mañanas la hora, el lugar y el objeto de la asamblea.

Llegaron por último las nonas esperadas con tanta impaciencia. Mucho tiempo antes de oírse la hora del canto del gallo, y aunque no era día de mercado, se reunieron los rústicos en bandas para entrar en Roma, y cuando salió el sol ocupaba ya un inmenso gentío las cercanías de la curia consagrada por los augures, llamada *Hostilia* del nombre de su fundador, en cuyo local se había de reunir el senado. Notábase una agitación extraordinaria, con especialidad en los grupos de los ciudadanos, entre los cuales se encontraban á la sazón algunos de los magistrados populares conocidos por los tribunos y ediles de la plebe. Sus menores expresiones eran acogidas con avidez por las personas mas cercanas, y circulaban de boca en boca como palabra de orden. Se descubría en las miradas de la multitud una expresión feroz y amenazadora, y por intervalos se alzaban del confuso tropel hasta el monte de las Siete Colinas gritos de venganza y de muerte. Gritos semejantes al que producen las entrañas de la tierra cuando anuncia la próxima explosión de un volcan.

Desde las siete de la mañana veíase á los senadores por las calles dirigirse á paso lento hácia la curia. Distinguianse á lo lejos por su calzado negro y por los *laticlavi* ó cintas

anchas de púrpura de que se hallaban bordadas por delante sus blancas túnicas, para distinguirse de los plebeyos que no las llevaban, y de los caballeros que las llevaban mas estrechas. Se abrian los círculos de la multitud con respetuoso afán para darles paso, y saludaba con benévolas aclamaciones á aquellos cuyas opiniones conocidas le aseguraban un voto favorable á sus deseos. No faltó quien proferiría en diversos puntos algunas palabras severas cuando pasaron los gefes principales del senado; pero, sin embargo, ninguna amenaza seria y personal, ningun exceso turbó durante la mañana la tranquilidad aparente que reinaba en las masas.

Cerca ya de las ocho aguardaban sentados en profundo silencio mas de ciento cincuenta senadores que esperaban al cónsul que debia presidir la asamblea. Se anunció por último su llegada con la aparicion de los lictores á la puerta de la curia. Levantáronse todos los senadores por un movimiento simultáneo. Marco Minucio Augurino, revestido con una magnífica toga de púrpura y seguido de los principales consulares, entró, y cruzando gravemente la asamblea fué á ocupar su silla de marfil, que se elevaba en la parte mas alta del recinto sobresaliendo entre las demas sillas curules que la rodeaban.

—Padres conscriptos, dijo Marco Minucio cuando se hubieron sentado los senadores, he consultado segun costumbre el oráculo y ofrecido sacrificio á los dioses, para saber si nos permitirán celebrar hoy la asamblea; los augures son favorables. Hallábase el cielo sereno y puro; reanimen sus esperanzas los buenos ciudadanos. Esta mañana se ha oido un cuervo á la derecha y una corneja á la izquierda: no tardará en renacer la concordia, pues ha atravesado los aires una bandada de cigüeñas y á uno de los augures se le ha vertido el vino que contenia su vaso, manchándole los vestidos. No son los arúspices menos propicios que los augures. La victima ha seguido voluntariamente al sacrificador, ha muerto del primer golpe, su corazón no palpita y se veia graso y abultado: las llamas de la hoguera han prendido con rapidez en sus restos y los han consumido sin humo, sin color, sin olor; por último, el incienso que ardia sobre el altar esparcia un perfume grato en todo el templo.

¡Padres conscriptos! puesto que los dioses y los augures lo consienten, *abro la asamblea.*

Volviéndose despues á uno de los heraldos que se hallaba de pie á corta distancia, le ordenó Minucio que empezase el nombramiento por lista de los senadores.

Apenas habia llamado el heraldo los diez primeros senadores inscriptos en el *album*, cuando un espantoso tumulto que estalló á la parte de afuera vino á turbar inesperadamente el silencio. Lejano en un principio y débil resonaba tristemente en el abovedado recinto aquel ruido, que parecia acercarse y aumentar por grados en razon de la distancia. Oíanse á la vez pasos rápidos y precipitados, voces que se respondian con amenazas, ruido de armas y gritos inarticulados mas terribles aun que las voces.... Habia callado el heraldo.... Pálidos, inmóviles y silenciosos, aunque graves y resignados, se miraban todos los senadores, como si quisiera cada cual descubrir en los ojos de su vecino lo que habia de acontecer..... Los mas de ellos aguardaban la muerte.

Las olas del pueblo entretanto seguian agitadas y se estrellaban impetuosamente contra las paredes exteriores del

sagrado edificio, el cual temblaba con el choque. En este momento por una especie de instinto se dirigieron las miradas de todos á la puerta principal. Abrióse esta con estrépito, y un hombre de edad madura, el rostro animado, los cabellos esparcidos y los vestidos en desórden, seguido por unos veinte jóvenes de quienes parecia ser el gefe, se precipitó en la asamblea y fué á colocarse á la izquierda del cónsul en uno de los asientos inmediatos á las sillas curules. Detuviéronse á la entrada los que con tanta animosidad lo habian perseguido y luego se cerró la puerta. Disminuyó por grados el ruido, y de allí á poco solo se oia dentro el acento vacilante del heraldo continuando la lista, y afuera la voz de un tribuno que arengaba al pueblo.

El senador que acababa de entrar y cuya llegada habia ocasionado tan gran tumulto, era un hombre como de treinta y cinco años, de alta estatura y constitucion atlética: sus negras y pobladas cejas le cubrian casi del todo los ojos y su mirada era aterradora. Sus lábios, sobremanera encendidos, confirmaban la espresion casi bárbara de sus facciones; parecia en extremo irritado... Sin embargo, respondió al heraldo al nombre de **CAYO MARCIO COROLIANO** con una voz tranquila, aunque de acento algun tanto salvaje.

Se terminó, pues, la lista; de trescientos miembros que debian formar la asamblea se hallaban presentes doscientos ochenta y siete. Cinco senadores se escusaron por enfermedad; dos porque estaban ocupados en tributar los últimos deberes á un amigo. El anciano Aneo Posthumio se habia hecho llevar al senado á pesar de tener setenta y cinco años, no queriendo usar de la exencion que por su edad le concedia la ley. Restaban aun seis miembros ausentes, los cuales por no alegar excusa legitima fueron condenados á pagar una multa, y el cónsul presidente les embargó sus bienes, segun costumbre, hasta el completo de la deuda.

En este estado la asamblea, fueron introducidos en el salon por órden del presidente los diez tribunos conducidos por Cayo Beluto. Los ediles quedaron á la puerta, desde cuyo punto podian oír las deliberaciones, aunque sin poder tomar parte en ellas ni tener derecho de asistir á la asamblea. Reinaba dentro y fuera del recinto un profundo silencio, y Lucio, el primer tribuno que tuvo la palabra, alzó la voz lo suficiente para que lo oyese el pueblo. Una hora duró su discurso. En él enumeró uno por uno los cargos que hacian á Cayo Marcio Coroliano los plebeyos, y despues de haber probado que semejantes crímenes merecian la muerte, sostuvo que el derecho de juzgar pertenecia al pueblo, alegando principalmente la ley Valeria, cuyo testo decia, que cuando los plebeyos fuesen oprimidos por los patricios pudiesen apelar contra estos ante el tribunal del pueblo; y terminó conjurando á Coroliano á que abandonase la asamblea y fuese á implorar la clemencia, si en algo estimaba su vida.

Luego que concluyeron de hablar los otros tribunos en el mismo sentido, se levantó el cónsul presidente y dijo:

—Ya habeis oido á los tribunos, padres conscriptos, ya conoceis su peticion. ¿Qué deberá hacerse?..... A vuestra prudencia lo dejamos.

Volviéndose despues hácia su colega, sentado por bajo de él en la primera silla curul, y á quien segun el reglamento del cuerpo debia consultar aun antes que al principe del senado, ó sea el magistrado mas antiguo,

—Cónsul Atratino, le preguntó, decid, ¿qué pensais, cuál es vuestra opinion?

En el senado romano nadie podia hablar sino era preguntado por el presidente.

—Creo, respondió Atratino levantándose, que es justa y fundada la pretension de los tribunos y que conviene reconocerles el derecho de juzgar á un patricio.

Estas palabras pronunciadas con voz tranquila, aunque enérgica, produjeron en la asamblea una impresion muy viva. Los senadores jóvenes que rodeaban á Coroliano murmuraron agitándose en sus asientos; solo este se mantuvo impassible y lanzó una mirada amenazadora al cónsul, de quien era enemigo personal, en tanto que en el tropel que rodeaba la curia se levantaban numerosos gritos de alegría, prolongándose en muy poco tiempo hasta los extremos de la ciudad.

—Apio Claudio, príncipe del senado, dijo entonces el presidente: vos cuya esperiencia y sabiduria hubiera consultado antes si no se hubiese hallado presente mi colega... hablad, ¿cuál es vuestra opinion?

Levantóse Apio Claudio; pero en este momento se adelantaron en tropel los tribunos hácia el presidente y le declararon que antes de votar tenian que prestar los senadores juramento como tales jueces.

—Si se nos rehusa lo que con tanto derecho exigimos, esclamó Lucio, nos retiramos inmediatamente de la asamblea.

A un incidente tan inesperado, y poco respetuoso por parte de los tribunos, la mayor parte de los senadores se levantaron indignados y quebrantando el reglamento dirigieron vivas interpelaciones á los cónsules y los tribunos. Cambiáronse de una y otra parte amenazadoras miradas; los jóvenes partidarios de Coroliano, sin poderse ya contener, se precipitaron en medio del salon para echar de él á los tribunos, y *Aulo Sempronio* decia á los que le rodeaban que era necesario arrojar sus cadáveres al pueblo.... Pero de repente una voz sonora dominó el tumulto del senado.

—Silencio, jóvenes, gritaba Atratino; silencio, y cada uno á su lugar. ¿Habeis olvidado que no teneis todavia derecho de hablar al senado sin ser preguntados?...—Recordad tambien, añadió el fogoso *Beluto*, que la persona de los tribunos es sagrada é inviolable y que cualquiera que se atreva á poner la mano en un representante del pueblo se hace reo de muerte...—Los que aqui nos envian, decia Lucio, saben muy bien que para juzgar á un patricio no necesitan de un senado-consulta.

—Llamad al órden, padres conscriptos, decian los heraldos, encargados por lo regular de la policia de la asamblea; pero su voz chillona se perdía en el tumulto. Todo era confusion y desórden.

—Venid, dijo entonces *Decio*, el mas jóven de los tribunos, dirigiéndose á sus colegas; venid, franco está el camino del Monte Sagrado... Vamos con el pueblo á fundar una nueva ciudad fuera de los muros de Roma. ¿Cuál seria la suerte de los tiranos si los abandonasen sus súbditos? Si el pueblo quiere desterrarse ¿quién lo contiene? ¿Quién cultivará las tierras de los patricios, quién defenderá sus propiedades, quién rechazará la invasion de los pueblos vecinos, quién ensanchará los limites del naciente estado? Además, ¿no podrá la plebe irritada obligar al senado á que conceda lo que justamente pide?

Calmados los ánimos con este razonamiento y conociendo el senado las consecuencias de su obstinacion, levantóse el presidente y dijo:

—Puesto que los tribunos del pueblo desconfian que los senadores falten á su conciencia sino prestan juramento, *Apio Claudio*, jurad por Júpiter que en la cuestion propuesta por los tribunos emitireis la opinion que os dicte vuestra conciencia.

Levantóse Apio por segunda vez, y tomando en la mano derecha una china que le presentó el heraldo dijo con fuerte acento: «Si falto á mi conciencia, que Júpiter me arroje de mis bienes como ahora arrojó yo de mi esta piedra.» La piedra lanzada por Apio, saltando con lúgubre sonido por el enlosado del salon, se dirigió, como si fuese un desafio, á los pies de los tribunos victoriosos. En seguida pronunció Apio un largo discurso contra el pueblo.

La opinion de Apio encontró muchos partidarios, y se volvieron á agitar los ánimos, en términos que los tribunos se miraban unos á otros con descontento. Ya habia dado la hora de las cuatro y un amigo de Coroliano que á la sazón hablaba, se detenía á propósito en digresiones interminables, pues no pudiendo decretarse ningun asunto despues de haberse puesto el sol, esperaba que tendria la asamblea que disolverse sin tomar determinacion alguna.

Sin embargo, el pueblo, que con mucha calma habia aguardado la decision del senado desde la apertura de la sesion, empezaba á murmurar y á agitarse. El tribuno *Beluto*, ausente por algunos instantes, entró en el salon é interrumpió al orador para anunciar al presidente que no respondia por mas tiempo de la tranquilidad... Con efecto, en el momento resonaron á las inmediaciones de la curia nuevos gritos y amenazas; lanzáronse contra las puertas y las paredes innumerables palos y piedras, y entrando azorados los lectores confirmaron los temores del tribuno... acercábase el peligro... No estaba en las atribuciones del presidente retirar la palabra á un senador; pero hizo una señal á los que le rodeaban y al punto un violento murmullo ahogó la voz de *Sempronio* y tuvo que sentarse.

Terminóse, pues, la discusion: habíanse emitido diferentes opiniones y se habian propuesto varios arreglos. El cónsul presidente, usando de su derecho, puso á votacion únicamente la cuestion principal á la manera de votar que tenia el senado romano.

—Padres conscriptos, dijo: los que de vosotros opinen que los plebeyos no tienen derecho para juzgar á un patricio, que permanezcan ó pasen á mi izquierda; y los que opinen lo contrario queden ó se trasladen á la derecha.

Atratino se levantó y pasó á la derecha del presidente, siguiéndole una mayoría notable de senadores. En torno á Coroliano se agruparon sesenta miembros cuando mas, entre los cuales habia muchos individuos que tenian derecho de votar, pero no de hablar.

—El senado, dijo el presidente, ha resuelto que los plebeyos tienen el derecho de juzgar á un patricio, y al punto se va á redactar dicha resolucion en forma de decreto.

A esta declaracion, pronunciada en voz alta, respondió afuera la multitud con gritos repetidos de alegría. Coroliano con los ojos inflamados, pálidas las megillas, cubiertos los labios de sangre, no menos indignado por lo que él llamaba cobardía de sus colegas, cuanto por las muestras de gozo de sus encmigos, se precipitó en medio de los tribunos, y acer-

cándose á *Beluto* con el brazo levantado, aunque sin herirle, gritó con terrible acento.

—¡Quieres juzgarme miserable! ¿Y de qué me acusas?

—De tiranía, respondió el tribuno con la sangre fría mas provocadora.

—Bien está; si me acusáis de tiranía, que se estienda el decreto; en este mismo momento marchó á presentarme al tribunal del pueblo.

—No juzga el pueblo á sus enemigos, replicó Lucio, sin darles el tiempo y los medios necesarios para defenderse... ¡Cayo Marcio Coroliano! en virtud del acuerdo que acaba de tomar el senado, en virtud de los derechos del pueblo, este por el órgano de sus tribunos, os cita para que comparezcáis ante su tribunal en el tercer día de mercado, es decir, de aquí á veinte y siete días.

—Iré, dijo Coroliano. En seguida se retiró de la asamblea con los senadores jóvenes que le acompañaron á su entrada.

Habiendo conseguido el pueblo lo que deseaba se dispersó al punto en todas direcciones, citándose los rústicos en el Foro para el tercer día de mercado.

El presidente anunció á los senadores que podían retirarse. Fueron saliendo uno á uno, asustados por la reciente victoria que acababan de conseguir los tribunos; solo quedaron unos veinte miembros deseosos de asistir á la redacción del decreto. Terminado el decreto fué puesto en manos del presidente, á quien correspondía su custodia en aquel tiempo; pero mas adelante, cuando supieron los tribunos que se alteraban las espresiones, hicieron mandar que todos los decretos del senado fuesen en lo sucesivo depositados en el templo de Céres, bajo la inmediata custodia de los ediles de la plebe.

Era ya de noche y la curia estaba desalojada; en las calles de Roma, silenciosas y desiertas, solo se oían los cantos lejanos de las bandas de rústicos que volvían á sus cabañas.

A los veinte y siete días se presentó *Coroliano* ante el tribunal del pueblo para ser juzgado. Si la sesion del senado fué borrascosa, no menos lo fué el juicio público. Los tribunos, que le miraban como el enemigo mas temible de aquella institucion popular, concitaron á las masas y se esforzaron en pedir su muerte precipitándole de la roca *Tarpeya*. Pero *Coroliano* que tambien tenia simpatias y amigos que le defendiesen, habló al pueblo con una energía y un valor tal, que probó que los tribunos eran una calamidad para la patria y el tósigo de la tranquilidad pública. Hubo momentos que vacilaron las masas, pero en último resultado salió condenado á destierro perpétuo.

Coroliano, viendo tan mal recompensados sus servicios, y desterrado perpétuamente de su patria por solo la animosidad de unos traficantes en palabras, como eran los tribunos, no escuchaba ya mas que la voz de la venganza. Se refugió, pues, á los *volscos*, nacion vecina y enemiga encarnizada de los romanos, les indujo á tomar las armas contra su patria, y puesto á la cabeza del ejército entró en el territorio de Roma sembrando por todas partes el terror y la desolacion. Llegó á las puertas de la ciudad y el pueblo arrepentido pedía á gritos la vuelta de Coroliano, pero el senado se oponía. No obstante el peligro que cada día se hacia mas inminente, humilló al senado hasta el caso de enviarle una diputacion que la recibió desdeñosamente. Igual suerte tuvo otra segunda diputacion compuesta de los

sacerdotes, hasta que su madre *Veturia*, á la cabeza de las matronas romanas, fué á templar á un hijo furioso.

Mejor patricio *Coroliano* que los tribunos que le habian condenado, sofocó en bien de su patria los sentimientos de venganza y orgullo que le dominaban. Dijo por última contestacion á los ruegos cariñosos de su madre: *sálvese Roma y perezca vuestro hijo*. Volvió la espalda, y creyéndose burlados los *volscos*, le asesinaron en su retirada.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

GLORIAS DE ESPAÑA.

SAN VICENTE EL DIACONO.

I.

Aterrados los que en España profesaban las verdades del cristianismo, con la sangrienta persecucion que contra este acababa de ser decretada por el emperador *Diocleciano* á principios del siglo IV, ni se atrevían á practicar en público las ceremonias de su culto, ni tampoco á concurrir á las desiertas y misteriosas cavernas en que, á falta de iglesias, solian congregarse bajo la inspeccion de algunos ejemplares sacerdotes. A pesar de la prohibicion y sin temor al peligro, no estaba enteramente abandonada la caverna en que solian congregarse los primitivos cristianos de Zaragoza. Favorecidas por las tinieblas de la noche, dos personas cruzaban el despoblado que la separaba de la ciudad, llegaban á la entrada de aquel solitario recinto consagrado al culto divino; se internaban por él sin temor, y reanimando la pobre lámpara que solía arder ante el tosco altar de piedra, se entregaban á la fervorosa práctica de sus constantes devociones. De las dos personas la una, que era un anciano de venerable aspecto que realzaban sus cabellos canos y su ropa talar con las insignias pontificales, se apoyaba confiadamente en el brazo de su compañero, mozo de gallardas formas, lleno de robustez y de vida: eran el pastor de la grey cristiana de Zaragoza, el respetable obispo *Valerio*, acompañado de *Vicente*, su primer diácono, joven predilecto suyo, á quien con el mayor celo habia instruido sólidamente en las verdades de la fé. Allí, y á favor de la escasa luz de una lámpara, se atrevía algunas veces *Valerio* á ofrecer el divino sacrificio y cuando no, maestro y discipulo, prosternados ante el rústico altar, adoraban á la Magestad Eterna y se entregaban á sus piadosas reflexiones, aumentando su recogimiento y haciéndoles olvidarse del mundo y estender su pensamiento mas allá de él, la misma santidad y abandono de aquel sitio. su silencio y la confusa claridad que alumbraba los objetos, cosas todas que infundían un religioso respeto.

Mas llega una noche en que la meditacion es interrumpida por el ruido de pasos y rumor confuso que se percibe á la entrada de la caverna. *Vicente* vuelve la cabeza, y sobre el fondo del boquero, confusamente alumbrado por la luna, ve destacarse unos bultos negros que avanzan hácia ellos. Se levanta, y acercándose instintivamente á sostener al anciano, le dice con agitacion:

—Padre mio, hemos sido descubiertos; sin duda vienen á perseguirnos.

La presencia de los satélites de Daciano, el feroz gobernador de la provincia, no les deja duda de la suerte que les está destinada, y mas cuando con imperioso tono y amenazas les invitan á salir de aquel recinto.

—¿A dónde nos quereis llevar? pregunta el diácono Vicente.

—A la presencia del gobernador, que es quien ha mandado prenderos. Todos vuestros estravíos ya se saben.

—Padre mio, dice Vicente al respetable anciano, ¿estais dispuesto á comparecer ante el gobernador?

El anciano obispo, trémulo por los años mas que por el temor, conoce que ha llegado el momento supremo de manifestar cuál es la entereza de su fé, aquella fé cristiana que siempre se fortalecia en el momento de la persecucion y del martirio, y no pudiendo espresar sus sentimientos, porque el natural entorpecimiento de su voz se habia aumentado en aquella critica situacion, se levanta con insólita energía, haciendo á todos ademan de que le sigan.

—Vamos, dice Vicente, y yo que participo de vuestra santa resolucion, responderé, si gustais, por vos y por mí á las preguntas de nuestros perseguidores.

—Hijo mio, prorumpo por fin el anciano, tú, cuya elocuencia tantas almas ha conquistado al verdadero Dios, sabrás, con el auxilio de su gracia, defender la fé que profesamos.

—Si: esclama el jóven diácono, lleno de entusiasmo, dispuesto estoy á defenderla ante el mundo entero y á padecer tambien mil tormentos por sostener este glorioso renombre de cristianos.

II.

Era en Valencia donde habia establecido la silla de su odiosa autoridad Daciano, gobernador de la provincia y magistrado digno del implacable emperador Diocleciano, que en él habia depositado toda su confianza. Las espantosas escenas de las primeras persecuciones se habian renovado para los infelices cristianos con la llegada del cruel gobernador, que juzgando tanto mas agradaria á su amo y emperador, cuanta mas sangre cristiana derramase, inundó de ella las provincias de su mando, siendo incalculable el número de mártires que sacrificó á su vengativa saña. No habia asilo seguro, ni lugar desierto contra ella: ni sexo, ni edad que mereciese indulgencia; y á medida que la nueva religion iba adquiriendo prosélitos, crecia tambien la saña de los perseguidores y se empleaban los tormentos, que la mas refinada crueldad puede inventar, contra los que abrazaban la fé cristiana. El titulo de *innumerables* con que la iglesia designa á los cristianos de Zaragoza que con la mas inconcebible perfidia fueron sacrificados por Daciano, revela bien cual era la estension de las infelices victimas y cual el carácter de este hombre abominable. Ante este feroz satélite de Diocleciano, este hombre que asistia al suplicio de sus victimas para estimular el ardor de los verdugos y para cerciorarse de que cumplian sus severas órdenes, fueron conducidos el anciano Valerio y su animoso discípulo Vicente.

A Valerio por su ancianidad y su dificultad en espresarse, le miró con el mayor desprecio y mandó que le quitasen inmediatamente de su vista, llevándole á lejano y perpétuo destierro. Todo su rencor era contra Vicente; pesaroso de

hallar en aquel jóven un tan decidido cristiano y de que el nuevo culto hiciese progresos, no ya en la hez del pueblo, como él decia, sino en las principales familias del imperio, pues Vicente descendia de cónsules, por su abuelo materno Agreso.

—¿Es cierto, le dice, que osas faltar al culto que se debe á los dioses y contravenir al mandato sagrado de nuestros príncipes?

—Yo no reconozco dioses, contesta el animoso diácono, sino un solo Dios verdadero y su hijo unigénito Jesucristo.

—¿Y sabes cuál es el deber de un pretor romano, con los que confiesan tales palabras?

—Cumple con tu deber: yo no deseo mas que dar pruebas de la firmeza con que debe sostener su fé un verdadero cristiano.

Daciano, ya encolerizado, se contiene sin embargo, y le dice con cierta dulzura, señalándole los instrumentos del martirio:

—Insensato jóven, ten piedad de tí mismo y no quieras con tu necio y temerario empeño acarrear la muerte mas dolorosa.

—Nada me imponen todos esos aparatos de terror: empléalos contra mí, pues padecer por Jesus, es el colmo de mis deseos.

—Veremos, dijo Daciano, ya furioso, qué se acaba mas pronto, tu paciencia en sufrir ó mi constancia en atormentarte.

Empezó el cruel tormento á vista del tirano, que mandó tambien poner á Vicente una mordaza en la boca, al escuchar las fervorosas invocaciones con que llamaba á Jesus, invocaciones á las que Daciano atribuía la faz serena y la constancia del mártir. Ya sus huesos descoyuntados y sus carnes desgarradas con agudos garfios de hierro, presentaban el mas sangriento y lastimoso espectáculo, cuando el tirano cree llegado el momento de su triunfo y haciendo suspender el tormento y que quiten la mordaza al santo diácono, le pregunta:

—¿Y ahora, di, estás resuelto á sacrificar en las aras de los dioses?

El cuerpo del animoso jóven desfallece, su carne está despedazada por mil partes, la sangre brota por todas las heridas; pero su alma heroica es invencible, y así contesta con resolucion:

—Nada, nada en el mundo me hará abandonar el verdadero Dios, por esos falsos-idolos de piedra y de madera.

Daciano, fuera de sí, manda que se redoble el suplicio; pero á los mismos verdugos les faltan las fuerzas; ellos tan empedernidos hasta entonces, dejan caer á sus pies los horribles instrumentos. Daciano lleno de cólera, levanta su baston de mando y los apalea con furor; pero ellos permanecen inmóviles. Solo el mártir intercede por ellos, preguntando á Daciano con inaudita serenidad:

—¿Acaso, quieres vengarme de esos hombres groseros?

¿Quién es capaz de pintar la cólera de el pretor y los crueldes desahogos de su rabia impotente? Para humillar la invicta constancia del mártir, se le tiende en un lecho de puntas de hierro, bajo el cual se enciende fuego lento al que arrojan sal que salte con violencia y se engaste en las carnes del atleta de Jesucristo, que sin dejar de confesarle un solo momento, escarneciendo la cólera del tirano y dejándole vencido, fué de orden de este arrojado á un som-

brio calabozo, donde ya moribundo, sangriento y atado de pies y manos, cayó sobre los agudos pedazos de vidrio de que estaba erizado el húmedo pavimento.

III.

Prohibido les estaba á los cristianos el acudir á las cárceles á socorrer y consolar á sus parientes y amigos que sufrían y á no pocos riesgos estaban espuestos los que intentaban cumplir aquellos deberes, cediendo á los sentimientos de la naturaleza; pero lo sucedido al mártir Vicente habia inspirado tal interés á su favor, que los fieles acudían presurosos á contemplarle en la prision y á inspirarse de santo fervor á vista de aquellas gloriosas heridas.

Yacia tendido el santo jóven, cual si estuviese gozando de un tranquilo sueño, reposando en mullido lecho. Mientras que los fieles consternados lamentaban con lágrimas amargas tanta desventura, Dios por su misericordia habia hecho que cesasen los dolores del mártir.

La presencia de los ángeles del cielo que vienen á quebrantar las ligaduras del santo y á convertir los agudos fragmentos de vidrio en lirios de su virginidad y rosas de su martirio, habia convertido aquella hedionda y tenebrosa cárcel en una mansion resplandeciente y odorífera en la que resonaban las alabanzas del Señor. Estas misteriosas voces y celestial aureola con que Dios quiso manifestar anticipaba aun en vida la recompensa debida á su siervo Vi-

cente, son percibidas por los mismos que le guardan y contribuyen eficazmente á su conversion.

La noticia del milagroso restablecimiento del diácono Vicente sorprende á Daciano y le irrita, creyéndola un nuevo ultraje de su vencimiento. Sus feroces instintos se reaniman y creyendo triunfar todavía de la constancia del mártir, manda que le cuiden con esmero, que le saquen de la prision y le trasladen á un mullido lecho, donde su cuerpo se restablezca para ensayar de nuevo en él toda la saña de sus verdugos. Pero aquel que habia resistido á tantos tormentos, sucumbe al primer cuidado que pérfidamente se le prodiga: habia llegado al término de sus padecimientos, y su alma, rompiendo los nudos de su terrena esclavitud, se remonta al empireo á recibir eterna é inmarcesible recompensa.

Daciano se venga hasta en el cadáver, privándole de sepultura y esponiéndole á las fieras y á las aves de rapiña; mas viendo que pasa tiempo y estas le respetan, manda que sea arrojado á los profundos abismos del mar, atado á una enorme piedra. La piedra, sin embargo, se desprende y el santo cuerpo flota sobre las aguas que vienen mansamente á depositarle en la tierra. Los fieles que asombrados contemplan el prodigio y que vienen siguiendo aquellos queridos despojos, les dan por entonces humilde sepultura en el mismo sitio á que parece los destina la Providencia y es el Promontorio Sacro, llamado hoy día *Cabo de San Vicente*.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



Los ángeles consuelan á San Vicente en su martirio.

ESTUDIOS MORALES.



LA ALMOHADA DE UNA JOVEN.

Magdalena era la jóven mas encantadora del mundo. Excedia en hermosura y transparencia, á esos deliciosos niños ingleses de los cuadros de Joshua Reynolds y de sir Tomás Lawrence, cuya carne parece formada con rosas empapadas en leche: si no hubiese tenido un bonito delantal con picos en figura de dientes de lobo, podria creerse que era un

TOMO IX.

querubin, pero es bien sabido que los querubines no usan delantal negro. Sus hermosos ojos, sombreados por largos párpados, eran azules, y mas limpios que el cielo, porque no los empañaba ninguna nube. Decir que su madre estaba entusiasmada con ella, seria una cosa inútil: una madre encontraría tolerable al mismo Quasimodo, y Magdalena era Esmeralda rubia, y no habia sido educada entre vagabundos.

Aquella bonita cabeza encerraba un gran talento, talento de siete años, y aquel precioso pecho contenia un

corazoncito que palpitaba al oír el relato de las buenas acciones, y se enternecía con las desgracias verdaderas ó imaginarias, porque si Magdalena quería las muñecas apreciaba mucho mas las historias, y sobre todo los cuentos de hadas, que quizá son las únicas historias verdaderas.

Lo que mas la chocaba eran esos bonitos cuentos, en que las hadas acudian presurosas á enriquecer á las princesas recién nacidas: unas en una nuez tirada por escarabajos verdes, otras en una carroza de corteza de calabaza con un tronco de ratas enjaezadas con telas de araña, esta atravesando los aires en una bolita de agua de jabon, con unas hebras de cardo por navecilla, y aquella cabalgando en un rayo de la luna. Magdalena echaba mucho de menos aquel tiempo, y se preguntaba á sí misma, por que las buenas hadas no acudian ya á la cuna de las niñas, como si no hubiese sido tan magníficamente dotada como las princesas de los cuentos de Perrault y de Mad. de Aulnoy: pero Magdalena era modesta, y no sabia que las hadas no tendrian un grande regalo que hacerla.

Sentada un día al lado de su mamá sobre un almohadon de tapicería bordado por ella misma, hojeaba un libro lleno de sus historias favoritas: no tardó mucho en lanzar un suspiro como una paloma que se ahoga, y arrojó el tomo con ademán de disgusto y de impaciencia.

—¡Oh! yo quisiera tener tambien algun talisman maravilloso como el espejo mágico ó la sortija del príncipe Querido, que me advirtiese cuando obro bien ó mal: de ese modo siempre sería buena y mamá no me regañaría.

Aquel día habia en casa de la madre de Magdalena una señora estrangera todavía jóven, que aunque perfectamente bella tenia un talento algo raro. Su pálido rostro, de un óvalo un poco largo, estaba adornado con dos ojos de una inamovilidad insoportable. Estrechadas cejas de un negro azulado, que casi se tocaban, daban á su fisonomía cierto aire de importancia, que hubiera parecido muy duro sin la melancólica sonrisa que se advertía en sus labios de un encarnado muy vivo. Vestía un traje de lana negro sin mas adorno que un collar y pulseras de coral. El contraste de aquellos dos colores eminentemente cabalísticos, contribuía á hacer mas chocante el carácter sobrenatural de su figura; en una época de supersticiones se la hubiera fácilmente tomado por una monja ó una walkyria. Sus movimientos lentos y magestuosos imponían respeto, y en presencia de aquella hermosa tranquila y triste, los espiritus mas escépticos sufrían una impresion involuntaria. Así pues, no es extraño que Magdalena tuviese á la señora estrangera una veneracion mezclada de terror.

—Pero ya no hay hadas, dijo Magdalena volviendo á tomar el libro.

—¿Quién os hace creer eso? dijo la dama con un sonido de voz grave, dejando caer á plomo su magnética mirada sobre la niña, que se estremeció á su pesar.

—Es preciso que ya no las haya, puesto que nunca se ven; y sin embargo, hubiera deseado encontrar alguna, aun cuando me espusiera á tener un poco de miedo. Una buena hada con un vestido sembrado de estrellas, con una varita de finísimo oro que me concediera el don que la pidiese.

—Querida niña, sin duda será porque ahora las hadas se vestirán en casa de una modista como otra muger cualquiera: las hadas tambien gustan de seguir la moda: los trajes con estrellas y los cinturones cabalísticos eran buenos

en otro tiempo: la varita, convertida en manga, no es por eso menos poderosa.

Mientras hablaba de este modo, las pupilas de la dama parecia que se iluminaban interiormente y lanzaban chispas: enderezábase su elevada estatura, y Magdalena creyó ver brillar en derredor de la misteriosa amiga de su madre, una especie de aureola.

Varias visitas que entraron hicieron cambiar la conversacion, y la señora del collar de coral y del vestido negro, volvió á tomar su acostumbrado aspecto: sin embargo, la cuerda que habian tocado, producía vibraciones muy sensibles en el alma de Magdalena: la penetrante mirada de la señora de M*** la habia petrificado, y no podia contenerse en decir por lo bajo: ¿si será una hada?...

Algunos dias despues la señora de M*** fué á ver á la madre de Magdalena, que á la sazón habia salido. La niña estaba sola en la sala cortando vestidos á sus muñecas con un pañuelo viejo de batista que la doncella la habia dado. La alfombra no dejó oír las pisadas de la señora de M*** que se encontraba ya junto á Magdalena, sin que ésta lo advirtiese, porque estaba muy distraida con su trabajo. La niña dió un grito, cuando al levantar por casualidad los ojos, vió á la señora de las cejas de color de ébano, de pie delante de ella.

—¿Te causo miedo, niña? preguntó la señora valiéndose de las notas mas suaves de su voz.

—¡Ah! no, contestó Magdalena con tono poco tranquilo.

—¿Tal vez te figuras que yo he bajado por el techo, en donde estaba oculta entre la araña; que he salido de esos vasos ó porcelanas del Japon que adornan la chimenea, ó que acabo de salir de debajo de la tierra?...

—Yo no creo eso, señora, pero estaba tan ocupada con mi costura, que ni he visto ni oído á vd.

—Efectivamente, tengo el paso muy ligero, repuso la señora de M*** con un acento muy singular: cuando estaba en Java, mi pais natal, habia gentes que juraban haberme visto atravesar un torrente por una tela de araña.

Al oír tan estraña asercion, Magdalena alzó su lindo rostro medio asombrada y medio crédula.

La señora de M*** veía que habia causado impresion á Magdalena, y la dirigió una mirada tan llena de energia y de calma, que subyugada abandonó el muñeco con que se ensayaba para la maternidad, y se mantuvo á alguna distancia en una actitud de fascinada admiracion.

—En Java, en cuyos bosques brillan los amarillos ojos de la pantera negra, en donde las flores abren como urnas sus enormes cálices, en donde el árbol upa esparce su sombra que da la muerte, en que el légamo está lleno de surcos hechos por el vientre de las serpientes boas, petrificado por los pies monstruosos del hipopótamo, y en que el murciélago vampiro azota con sus velludas alas el aire cargado de miasmas, me paseaba sola con un sombrerillo de paja, un vestido de muselina, y una varita en la mano.

—¿Una varita?... ¿luego es vd. una hada? exclamó Magdalena; ya lo habia yo pensado.

La señora de M*** no hizo ninguna señal de adhesion: sin embargo, nada dijo tampoco que pudiera desengañar á la niña. Alentada Magdalena con su silencio, la preguntó con todo el candor de su edad en que es tan fácil la fé en medio de los primeros asombros de la vida.

—¿Podría vd. hacerme un don como los que se leen en los cuentos, para ser mejor?...



—Puedo, replicó gravemente la señora de M***. Al acostarte esta noche encontrarás en tu cama una almohada mágica que responderá á tus preguntas; pero no la consultes sino para cosas importantes, y no por frívola curiosidad: á no ser así, enmudecerá. Si durante el día has hecho algo reprehensible, no esperará que la preguntes: tomará la palabra por sí misma. No digas nada de esto á nadie: las hadas quieren discreción, y el que no sabe guardar un secreto no es digno de sus favores.

Entró la madre de Magdalena, y la conversacion quedó en tal estado.

Dejamos á vuestra consideracion, si pareceria el día largo á la niña: contaba las horas, los minutos; sus piecitos agitaban con impaciencia los palos de su silla, y apenas contestaba á lo que la decian, ó lo hacia de mala manera. Creia que no iba á ponerse el sol; mas por fin dieron las nueve y jamás le pareció á Magdalena el sonido mas claro, mas alegre y argentino.

Subió á su alcoba sin que la instasen, y cuando la doncella se retiró, entreabrió las cortinas de su cama con la mayor emocion.

¡Oh prodigio!... aunque nadie habia entrado en la alcoba, la almohada mágica se hallaba allí delicadamente colocada. Con solo mirarla se comprendia que no era una almohada comun. Para llenarla, el eider de Noruega habia suministrado su plumon mas sedoso y ligero, y la Frisia su mejor tela, adornada con un encage de dos dedos de ancho. Si acaso puede decirse que la almohada tiene fisonomia, esta manifestaba un aire tan cándido, tan apacible, tan puro, estaba tan blanda y exhalaba un olor tan dulce y suave de lirio, que hasta á la actividad misma hubiera infundido deseo de reposar en ella su cabeza.

Magdalena, despues de rezar sus acostumbradas oraciones se acostó, y enterró no sin alguna aprension, las rosas de sus mejillas entre la nieve de la almohada. Con su gorrito guarnecido de tul, estaba graciosísima. Uno ó dos rizos de sus rubios cabellos se desprendian por debajo del gorrito, formando lustrosas ondulaciones como si fuesen de seda. La amable niña hubiera querido entrar desde luego en conversacion con su talisman, pero se acordó de lo que la habia recomendado la señora de M*** y tuvo valor para no preguntar nada. Al cabo de algunos minutos, cuando ya iba á dormirse, salió de la almohada un murmullo casi imperceptible, y Magdalena oyó que la decian las siguientes frases, pero tan bajo, tan bajo, que aun cuando hubiese habido otras personas en la alcoba solo ella las habria percibido.

—Querida niña, ¡cuán impaciente, nerviosa y preocupada habeis estado!... Habeis dicho varias veces entre vos misma: ya quisiera que fuese de noche. El tiempo depende del que ha formado la eternidad: ¿por qué se ha de desear que acelere ó retrase su marcha? Cada hora llega cuando la toca; aun la que se aguarda. Si Dios os hubiese escuchado cuantas veces habeis deseado llegar á esta época, vuestra vida se habria acortado la mitad: desear el porvenir es el mejor medio para echar á perder el presente.

Dado este consejo, calló la almohada, y Magdalena no tardó en dormirse. Tuvo los sueños mas alegres del mundo: parecia que estaba en un paisaje cuya verde yerba era lana, los arboles de felpilla, las casas de madera de Spa, poblado de muñecas de resortes tan bien articuladas, que sus

movimientos en nada se diferenciaban de los naturales: despues desaparecio el paisaje, y Magdalena fué trasportada al reino de Nacar de perla, en un palanquin tirado por dos pájaros moscas con su pluma de gala: y en fin vió entre nubes de plata á una muger de maravillosa hermosura, que tenia un niño en sus brazos: el niño tenia como señales en las manos, y una encarnada en el costado. Miraba á Magdalena con aire tan amistoso y dulce, que la parecia habia encontrado al hermano que jamás habia tenido. La Divina Madre dirigiendo su inefable mirada á Magdalena la dijo:

—Si eres buena jugarás eternamente en el jardín del paraíso con mi hijo, y tendrás muebles de fino oro y de cristal de roca, y toda clase de juguetes tan bien pintados y barnizados, que los hijos de los reyes no los han tenido nunca iguales. Aunque los rompas todos los días siempre volverán á ponerse nuevos y enteros.

Aquellos sueños agradables duraron toda la noche y hasta que Magdalena se despertó. Jamás cumplió mejor con sus deberes, ni nunca estudió sus lecciones tan perfectamente como aquel día. Jamás fueron mas iguales las puntadas de su costura ni mas limpias, porque el trabajo de manos por humilde que sea, no debe ser despreciado por una jóven cristiana, aun cuando esté en posicion de no necesitarlo.

No referiremos todas las conversaciones de Magdalena con su almohada, porque esto seria muy largo, y solo elegiremos algunas.

Un día de invierno habia nevado mucho durante la noche, y todo el parque estaba blanco como si hubiesen esparcido harina por él: los árboles parecian envueltos en blancas sábanas, y sus delgadas y brillantes ramas producian el efecto de una inmensa obra de plata afligranada. El frío era bastante intenso, y los pajarillos saltando por la nieve, dejaban impresa con sus patitas la forma de las estrellas. Magdalena para ir á la iglesia se envolvió en su paletina con guarnicion de cisne, metió las manos en su manguito, en donde ya se encontraban su ejercicio cotidiano y su pañuelo, é hizo la travesía sin notar la crudeza de la estacion mas que por el viento cierzo un poco frío que azotaba sus mejillas.

A alguna distancia de la iglesia, junto á un rincón de una tapia, y sobre un poco de paja que habia reunida, estaba tiritando un niño, cubierto malamente con unos miserables andrajos, de modo que por los agujeros se le veia la carne: entre las manos tenia uno de sus pies amoratados del frío y procuraba calentarle restregándole: al mismo tiempo tendia la mano á los que pasaban para que le diesen limosna.

Cuando Magdalena llegó en frente de él, repitió temblando su peticion con tono lamentable.

—Señorita, una limosnita por Dios.

Magdalena tuvo al pronto intencion de pararse, pero era necesario sacar las manos del manguito, y ademas queria ser una de las primeras que llegasen á la iglesia: así pues le contestó:

—No traigo dinero, y prosiguió su camino.

La impresion compasiva que la produjo la vista del niño se disipó bien pronto. Ya no estaba el objeto delante de sus ojos, y en esta edad especialmente es cuando tiene una explicacion exacta el proverbio italiano, *lontano degli occhi, lontano del cuore*. ¡El espectáculo del mundo es tan nuevo, tan maravilloso para una imaginacion de siete años!...

Por la noche se acostó Magdalena vagamente descontenta de sí misma, aun cuando habia olvidado la escena de por la mañana: la costó mucho trabajo dormirse, y se volvió veinte veces en la almohada sin poderlo conseguir. Atormentada de aquel modo la almohada, tomó la palabra.

—Magdalena, lo que habeis hecho esta mañana es malo. No habeis tenido caridad, y habeis dicho una mentira. Cuando dijisteis que no teniais dinero, sabiais muy bien que en la punta de vuestro pañuelo por el lado de la marca, habia atadas cuatro monedas de dos reales nuevecitas y relucientes. Una sola de ellas, tal vez habria salvado la vida de aquel pobre niño, que no tiene padre ni madre. ¿Temiais no llegar á misa?... ¿Creéis que el bondadoso Dios os hubiera increpado?... El que trabaja hace oracion; el que da limosna ruega por sí mismo y por la persona que mas ama. Ademas, no por ser exacta en el cumplimiento de vuestros deberes religiosos caminábais tan ligera, sino por colocaros en la primera fila, para que todos viesen la preciosa paletina que os ha regalado vuestra buena madre.

La almohada decia la verdad, porque la javanesa de las cejas de color de ébano la habia dado la facultad de leer y penetrar el fondo de las almas. Arrepentida y confusa Magdalena, se durmió con el espíritu perturbado, el corazón oprimido, y su sueño fué agitado y penoso como el de las malas conciencias.

Sus sueños fueron horriblosos y lúgubres: parecia ver al mendigo sobre su puñado de paja: el cielo estaba muy oscuro, y la nieve caia con abundancia: ibanse formando capas de ella sobre aquel desgraciado y ya le cubrian casi enteramente. Magdalena procuraba sacar de allí al pobre niño; apartaba con sus manos la nieve á derecha é izquierda, mas no podia conseguirlo: ya comenzaba á sepultarse ella misma, y la capa glacial la llegaba hasta las rodillas. Por último, pasó una señora vestida con túnica de color de rosa y manto azul, que puso en pie al niño, y colocó á Magdalena en terreno mas firme. El mendigo, sacudiendo la nieve pegada como plumas á sus harapos, parecia radiante é iluminado: unas señales encarnadas brillaron como llamas en sus manos: dirigió á Magdalena una mirada llena de severidad y de tristeza, y la dijo:

—Tú no quieres venir á jugar conmigo en las celestiales praderas, ni á correr en la eternidad detrás de las maripositas que tienen en las alas ojos de diamantes!...

El mendigo á quien Magdalena habia negado su moneda de dos reales, no era otro que el niño Jesus que habia querido probarla.

Aquella leccion fué suficiente, y Magdalena no volvió á contestar á ningun pobre, no tengo dinero. Aunque hubiese tanta nieve como en el monte Blanco, y lloviese como en el diluvio, se hubiera parado para buscar en su bolsillo el cuarto que la pedian.

Así, la señora de M*** la hablaba con su voz mas cariñosa y reservaba su mas encantadora sonrisa.

Otra vez, la almohada dió una provechosa leccion á Magdalena. Acercábase el dia de los premios, y Magdalena estudiaba en el piano con todo el celo imaginable: volvía á comenzar veinte veces la misma pieza hasta que salía á su gusto: se martirizaba los quirogimnastas como si tratase de ensayar los golpes de fuerza de Listz ó de Dreyschock: su madre, su maestra y todo el mundo estaban encantados de ella: la almohada no fué de la misma opinion.

—Sin duda, la dijo una noche al oido, la emulacion es una cosa muy buena, y la música es un arte divino: pero ¿es acaso la aficion al piano y el deseo de cumplir vuestros deberes, lo que os hace trabajar con tanto ahinco por espacio de dos meses? ¿No es mas bien el deseo de causar disgusto á vuestra amiga Luisa, que segun las apariencias, debe obtener el premio, y que, segun parece, cuenta con él? Ademas os advierto una cosa: vos no ejecutais mas que con vuestros dedos y vuestra voluntad, Luisa ejecuta con toda su alma, y aun cuando fueseis cien veces mas hábil, os sobrepusaria. Lo que sale del corazón vuelve á él.

Luisa partió el premio con Magdalena.

Merced á su consejero de plumas y de tela de Holanda, Magdalena llegó á ser la jóven mas encantadora que puede apeteecer el amor de una madre: hizo su primera comunión de un modo ejemplar, y el cuerpo de Dios fué alimento de un ángel.

Cuando ya tuvo edad para casarse, la almohada la dió todavía buenos consejos, que tuvo la discrecion de seguir.

Dos jóvenes iban á casa de su madre, ambos apreciables sin duda, pues que tenian entrada en ella; pero de caracteres bien diferentes. El uno ingenioso, brillante, pero un poco vano, un poco superficial, y quizá mas ocupado de sí mismo de lo que convenia: el otro mas modesto, mas inclinado á ocultarse, pero lleno de talento y de una instruccion sólida. Magdalena prefirió en un principio al primero, y esto es muy natural, porque el trage se ve antes que el corazón, y el guante antes que la mano; pero una conversacion que tuvo con su almohada, la hizo variar de modo de pensar.

—Alfredo es honrado sin duda, pero mientras concurre á los bailes, Eugenio, á la luz de su quinqué, vela, estudia, medita, y se acuesta con el espíritu y el corazón llenos de buenos pensamientos, mientras que el otro vuelve con el cuerpo fatigado, y el alma vacía ú ocupada con ideas frivolas. El patrimonio del uno no puede menos de disminuirse, el del otro aumentarse: aun cuando fuese pobre, siempre seria apreciado, porque costumbres puras, un trabajo constante unido á una feliz disposicion natural, no pueden dejar de hacer célebre su nombre. Eugenio no amará en el mundo mas que á vos y sus libros. Aun no se ha atrevido á hablar, pero yo leo en su corazón como en el vuestro.

Eugenio era en efecto el que la madre de Magdalena habia elegido para marido de su hija.

La noche del matrimonio, la señora javanesa entró en la alcoba nupcial, y viendo todavía la almohada en su sitio, dijo sonriéndose á Magdalena:

—Me has creído mas hechicera de lo que soy, querida niña: la almohada que te he dado es como todas las demás, un saco de tela lleno de pluma: jamás ha pronunciado una palabra. Has tomado por su voz la de tu conciencia que se dejaba oír en el silencio y recogimiento de la noche; tu imaginacion asombrada, ayudaba á la ilusion. Has creído oír lo que decias tú misma, ¿no vale tanto esto como la sortija del príncipe. Querido, y todos los talismanes posibles? Ahora tu razon ya está formada y tienes un marido que responderá á tus preguntas y aclarará tus dudas. Ya no tienes necesidad de la almohada, pero guárdala y consévala para tu primera hija.



¿Á QUÉ HORA SE LEVANTAN LOS PÁJAROS ?



1 Codorniz.—2 Gorrión.—3 Pinzón.—4 Fringal.—5 Curruca de cabeza negra.—6 Ruiseñor.
7 Pulioto.—8 Mirló.

¿Quién puede contestar á esa pregunta? ¿Sois por ventura vosotros, viajeros infatigables, que semejantes al judío errante marcháis noche y día y todavía estais andando? No: en vuestras correrías por el mundo, gozais de los alegres trinos que os envía el ave de Dios, y no os ocupais de mas.

¿Sois vosotros, cazadores intrépidos que desde el rayar del alba, armados de vuestras escopetas y demas arreos, os lanzais en persecucion de una caza que ha madrugado demasiado para evitar vuestros ataques? No, porque á la hora en que vuestra planta huella la llanura, ya canta la alon-

dra por encima de vuestras cabezas su cancion de todos los dias.

¿Sois vos, perezosa castellana? ¡Ah! no, porque si vuestros labios modulan alguna cancion nocturna en las frondosas calles de árboles del parque al suave resplandor de la luna, únicamente os responde el ruiseñor: ademas ¿qué os importa la hora á que comienza el concierto? ¿No le encontráis ya organizado al despertaros?

Pues bien, lo que no habeis hecho vos, viajero de todas las horas; vos, Nemrod moderno; ni vos, hermosa castellana, lo ha hecho un académico, que se ha presentado á la

academia de París, y manifestado cual era la hora en que se despertaban, y principiaban á cantar algunos pájaros.

Este académico es Mr. *Dureau de la Malle*. Hace treinta años, que tanto en la primavera como en el verano, ha contraído la costumbre de acostarse regularmente á las siete de la tarde, y de levantarse á media noche. Muchos llamarán á esto una excentricidad extravagante: yo diré que de ese modo es como debe cultivarse la ciencia.

Levantándose Mr. *Dureau de la Malle* á media noche, tenia indudablemente la probabilidad de presenciar el despertar de los pájaros que poblaban su jardín: además debo advertir que con mucha anticipación se habia preparado para sorprender los secretos de sus costumbres. La mas amplia hospitalidad, y las atenciones mas esmeradas, habian familiarizado aun á los pájaros mas asustadizos, hasta tal punto, que podia impunemente visitarlos en sus nidos, tocar sus huevos y sus hijuelos, y los pajarillos por su parte le devolvian las visitas: tierna é interesante reciprocidad que abria al uno las perspectivas científicas, y á los otros las puertas de la alacena... En fin, y este último rasgo habia acabado de cimentar su union, Mr. de la Malle, para resguardar á las familias de los pajarillos que habian acudido á pedirle hospitalidad, dispuso un aparato contra los ataques de los gatos, que en los años anteriores, habian hecho grande destrozo en los nidos. Así es, que el académico, visitando los nidos, pudo determinar las causas del despertar mas ó menos acelerado de cada especie.

Ante todo, es necesario indicar la hora en que por lo regular suele despertar cierto número de especies. Esta hora, desde el 1.º de mayo hasta el 6 de julio de 1846, en cuyo periodo de tiempo se hicieron las observaciones, fué:

- Para el pinzon, de una á una y media de la madrugada.
- La de la curruca de cabeza negra, de dos á tres.
- La de la codorniz, de las dos y media á las tres.
- La del mirlo, de las tres y media á las cuatro.
- La de la curruca de cabeza encarnada, de tres á tres y media.
- La del pulioto, á las cuatro.
- La del gorrion, de cinco á cinco y media.
- La del fringilalo ó pavo grande, de cinco á cinco y media.

Así pues, se ve que el pinzon es el mas madrugador, y el gorrion el mas perezoso de los pájaros observados. ¿Quién hubiera creído que el gorrion, ese pájaro famélico, artero y ladrón, fuese al mismo tiempo el mas haragan de su especie?... La ciencia nos lo ha dicho, prosternémonos.

Pero esa regla general del levantarse de los pájaros, ofrece tambien sus escepciones, es decir, que muchas veces, los pájaros anticipan la hora; ¿á qué deberá atribuirse este hecho? Merced á las inteligencias que supo crearse en la plaza Mr. *Dureau de la Malle* va á decirnoslo: dejémosle, pues, hablar.

«El 4 de junio de 1846, la curruca de cabeza negra y el mirlo, comenzaron á cantar á las dos y media de la madrugada. Admirado de aquella anomalía fui á inspeccionar sus nidos, y encontré que ya habian salido los hijuelos. Pensé desde luego que aquello seria una manifestación de la alegría paternal y maternal, mas bien pronto me convencí de mi error. La necesidad de mas horas de vigilia para alimentar á la familia que se aumentaba, habia anticipado hora y media su madrugada, que antes solo se efectuaba á las cua-

tro; y pude ver, porque entonces hacia una luna clara y hermosa, que los padres y madres de aquellas dos especies, se ocupaban constantemente en buscar entre la yerbecilla y los cuadros de flores, los insectos y alimentos que debian servir para la nutrición de su familia.»

El 26 de junio se observó el mismo hecho con respecto á la codorniz. Admirable instinto de los animales que les enseña á sacrificar su reposo por las necesidades de la familia, y anticiparse á la aurora para que sus hijuelos puedan al despertarse encontrar ya su alimento!... ¡Profunda y poética lección dada al hombre!...

Sin embargo, algunas veces los pájaros suelen equivocarse la hora. Así es, que una curruca se despertó á las doce y media, y se puso á cantar sobre una acacia situada á unos doce pies del balcon en donde brillaba la luz del quinqué del observador: tomó sin duda aquella claridad por la del sol: pero reconoció bien pronto su error, y avergonzada y confusa se volvió á dormir, jurando, aunque un poco tarde, que no la volveria á suceder.

Un mirlo domesticado cuya jaula entraban todas las noches en la habitación, se quedó un día olvidado en el patio. A media noche encendieron el quinqué, y el mirlo que hasta entonces habia disfrutado un sueño como el del justo, se despertó, y á todos los de la casa, cantando todo cuanto le habian enseñado.

A aquellos cantos contestaron los mirlos silvestres y desde las doce y cuarto hasta las siete de la mañana, el mirlo domesticado y los mirlos libres cantaron á competencia. Los mirlos silvestres habian sido sin duda impulsados por un guía engañador. No era el sentido de la vista herido por la luz el que producía aquella expresión musical, porque su nido estaba colocado á mas de cien pies de la biblioteca, y con tiempo claro y luna llena, los mirlos no cantan hasta una media hora antes de la aurora, excepto en el caso de nacer los hijuelos, en que necesitan mas alimentos y mas horas de trabajo para proporcionárselos.

Nuestros lectores comprenderán la falta del ruiñeñor en este estudio. Todo el mundo sabe en efecto, que este grande músico de nuestros jardines y arboledas, comienza á cantar cuando los demás pájaros están acostados, y solo durante el tiempo de la incubación de la hembra, como para distraerla y aliviarla de las penalidades de la maternidad. El día en que los hijuelos rompen su cascara, cesan los cantares, porque el padre y la madre deben ocuparse en buscar el alimento de su joven familia, y el ruiñeñor no tiene ya tiempo para entregar á las brisas de la noche, las aladas estrofas de sus admirables canciones.

ANTIGUAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

PARANGON Y SEMEJANZA ENTRE LA ETIQUETA FRANCESA Y LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XV.

Aficionados á estudiar los usos y costumbres de lejanos tiempos, material grande nos ofrece la historia, que mensajera de lo pasado, faro de lo presente, y maestra de porvenir, se nos presenta todavía confusa y enmarañada

en esta parte. Tinieblas solo vemos en todas partes que ponemos los ojos para conocer los trages, usos y costumbres desde el siglo XV hasta los primitivos tiempos, y débiles destellos de luz encontramos desde aquel siglo hasta principios del nuestro. Así es, que en el corto espacio de un artículo no es posible presentarlos claros, ni terminantes, requisitos que tendrán con el tiempo si como esperamos, podemos estudiar á fondo los trages, usos y costumbres que ha tenido la España desde la mas remota época. De todos modos son curiosísimas las noticias que nos transmiten los historiadores antiguos, por medio de los cuales nos parece asistir y presenciarnos los llantos y placeres de nuestros antepasados, sus regocijos públicos y acciones de guerra, sus saraos, bodas, fiestas religiosas, y sus combates, justas y torneos. Entonces admiramos sus patriarcales y benéficas costumbres, sus casi siempre moralizadas intenciones, y á pesar de que sienten los filósofos haber sido el corazón humano siempre el mismo, deploramos el engaño y egoísmo, malicia y falsedad que campea do quier en nuestros dias.

Uno de los escritores que debemos tener presente es Gutierre Díez de Gamez (1425) que en su *Victorial ó historia de don Pedro Niño conde de Buelna*, nos ofrece datos copiosos para caracterizar algunas costumbres, y varios usos de la caballeria y marina de su tiempo. Podemos decir de él como de Julio César, que si peleaba escribiendo, escribía peleando, pues tomando gran parte en las hazañas y expediciones de su héroe, supo escribir con prosa clara, culta y fácilmente cuanto ambos obraban en medio de su vida aventurera. De él tomamos el siguiente cuadro completo de etiqueta y costumbres de una gran casa francesa, despues del cual consignaremos brevemente lo que muy semejante deducimos de las crónicas españolas contemporáneas á los sucesos que se refieren.

«Este caballero avia su muger la mas hermosa Dueña que estonce avia en Francia: era de la mayor casa é linage que avia en Normandía, fija del Señor de Belangas: era muy loada en todas las cosas que á grand Señora pertenescian, muy sesuda, é por de mejor regimiento que otra ninguna grand Señora de las de aquella partida, é mejor guarnida. Ella tenia su gentil morada aparte de la del Almirante: pasaba entre la una posada é la otra una puente levadiza: amas las posadas eran dentro de una cerca. Las guarniciones della eran tantas, é de tan estraña guisa, que sería luenga razon de contar. Allí habia fasta diez damiselas de paraje muy guarnidas, é bien aderezadas: estas non avian cuidado de ninguna cosa si non de sus cuerpos, é de aguardar á la Señora tan solamente. Ende avia otras muchas Camareras. Contarvos he la órden é la regla que la Señora tenia. Levantábase la Señora de mañana con sus damiselas, é ibase á un bosque que era cerca dende, é cada una un libro de horas, é sus cuentas, é sentábanse apartadas é rezaban sus horas, que non fablaban mote mientras que rezaban, é despues, cogiendo floretas é violetas, asi se venian al palacio, é iban á su capilla é oian misa rezada; é saliendo de la capilla, traian un tajador de plata, en que venian gallinas é *aluetas*, é otras aves asadas, é comian é dejaban los que querian, é dábanles vino. Madama pocas cosas comia de mañana, ó muy poca cosa por facer placer á los que ende eran. Cavalgaba luego Madama é sus damiselas en sus acaneas, las mejor guarnidas é mejores que ser podian, é con ellas los Caballeros é Gentiles omes

que ende eran, é iban á mirar un rato el campo haciendo chapeletes de verdura. Allí oia ome cantar *lais*, é *delais*, é *virolais*, é *chazas*, é *reondelas*, é *complaintas*, é *baladas*, *chanzones* de toda el arte que trovan los Franceses en voces diversas muy bien acordadas. Allí iba el Capitan Pero Niño con sus Gentiles omes, á quien eran fechas todas estas fiestas, é de aquella guisa volvian al palacio á la hora de comer: é descavalgaban todos é iban á la sala, é fallaban las mesas puestas. El buen Caballero viejo non podia ya cabalgar, é resecebialos con tanta gracia que era maravilla: era Caballero muy gracioso, aunque era doliente. Sentábase á la tabla el Almirante, é Madama, é Pero Niño; é el Maestre de la sala ordenábala, é tratábala, é facia sentar un Caballero é una Damisela, ó un Escudero. Los manjares eran muy diversos é muchos, é de muchos buenos adobos de todas las viandas de carnes, é pescados, é frutas, segund el dia que era. En tanto que duraba el comer, el que sopiese fablar teniendo temperanza, é guardando cortesía, en armas é en amores, buen lugar tenia de lo decir, é de ser escuchado, é bien respondido, é satisfecha su intencion. En tanto avia juglares que tañian graciosos estrumientos de manos. La bendicion dicha é las tablas alzadas venian los *mestrieres*, é danzaba Madama con Pero Niño, é cada uno de los suyos con una Damisela. Duraba esta danza fasta una hora. Acabada la danza daba paz Madama al Capitan, é cada uno á la suya con quien avia danzado. E traian el especia, é daban vino, é iban á dormir la siesta. El Capitan Pero Niño entrábase á su cámara quél tenia bien guarnida en casa de Madama, que llaman la cámara Turena. Desque se levantaba de dormir iban á cavalgar, é los Donceles tomaban los gentiles, é ya tenian concertadas las garzas. Poníase Madama en un lugar é tomaba un falcon gentil en la mano, é levantaba los donceles, é lanzaba ella su falcon tan donosamente, é tan bien que non podia mejor ser. Allí veriades hermosa caza, é grand placer: allí veriades nadar canes, é tañer atambores, é rodear señuelos, é Damiselas, é Gentiles omes por aquella rivera, aviendo tanto placer que se non podria decir. Despues que la rivera era corrida, descendia Madama é toda la gente en un prado, é sacaban gallinas é perdices fiambres, é frutas, é comian é bebían todos, é facian *chapeletes* de verdura, é cantando muy fermosas canciones volvian al palacio. La noche venida cenaban: é despues salía Madama á los campos á folgar á pie é jugaban la holla fasta que era noche, é volvían á la sala con entorchas: é venian los *menestres*, é danzaban grand hora de la noche, é daban fruta é vino; é tomaban licencia, é iban á dormir.»

Ahi se ve, pues, como la mayor parte del dia se empleaba en diversiones, de las que no disfrutaban tanto las damas castellanas, que se ocupaban siguiendo una antigua tradicion, en coser y remendar vestidos de los pobres, y en hacer flecos, cordones y franjas para los altares de los templos. Las cortesanas de Isabel la Católica sabemos por datos fidedignos que hacian lo mismo medio siglo despues de la relacion que hemos intercalado, y en el mismo tiempo divertíanse en la caza y en saraos, pero non olvidándose nunca de oír misa cada dia. Requisito era este que se creía non debía faltar nunca en una dama, y de tal manera que se reputaba como imprescindible y como costumbre ya sabida y mejor guardada.

Que las damas españolas montaban tambien á caballo

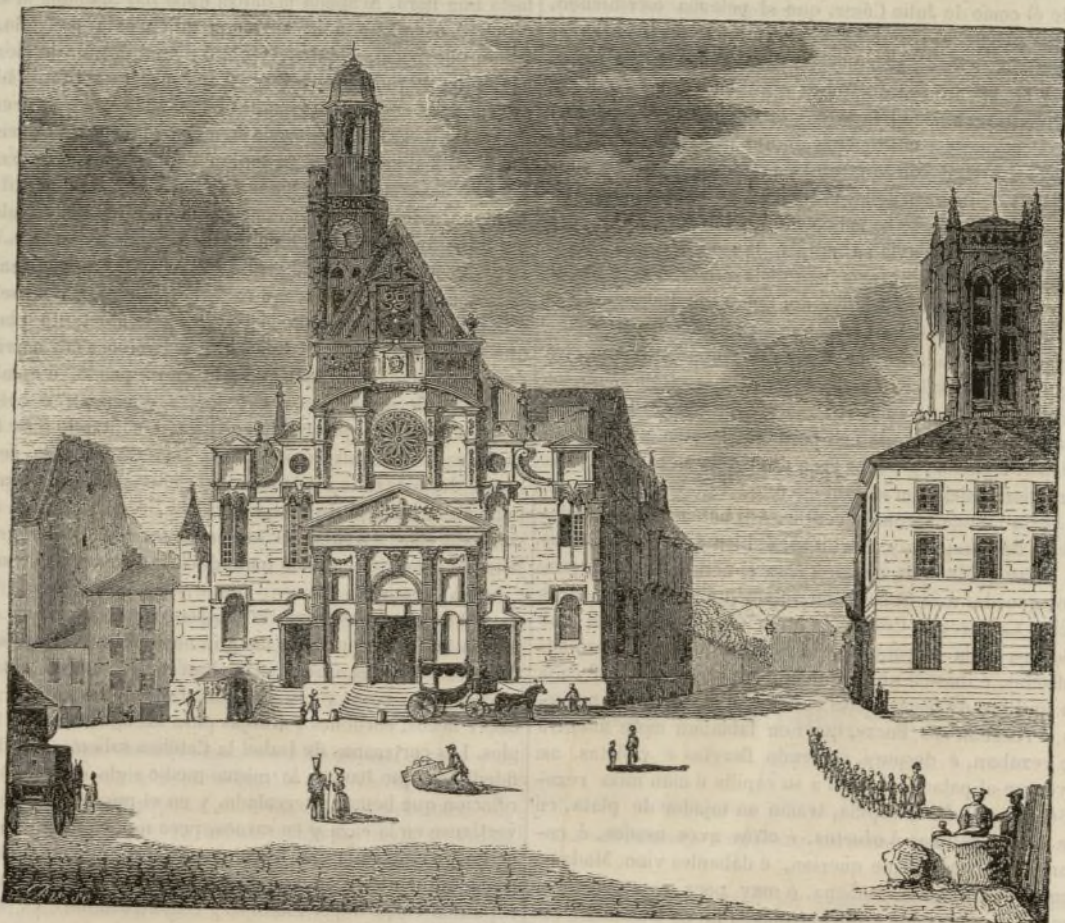
del mismo modo que las francesas, como que usaban de él en cabalgatas, fiestas y entradas públicas, es tan sabido que casi es inútil presentar datos. En sendas mulas blancas, desconocidos los coches, poco usadas las literas y los *toldillos* ó sillas de manos, iban los monarcas aragoneses y también las reinas sus esposas. Hacaneas montadas por damas se mencionan en las fiestas del reinado de don Juan II de Castilla, á principios del siglo XV; costumbre que seguía en tiempo de los Reyes Católicos, pues vemos por una carta de Fr. Hernando de Talavera, que en las fiestas de Barcelona del año 1492 se permitió á los caballeros franceses que concurrieron á ellas, que cada uno guiara de la rienda el palafren de la dama castellana que quisiese. Los bajos relieves de la sillería del coro de la catedral de Toledo, nos presentan varias veces montada á caballo á la reina doña Isabel la Católica. *Llevó la Reyna una acánea en que iba guarnida de un coplon; é sobre las crines y petral, é falsa rienda, y cabezadas, todo guarnido de plata y de flores de oro;*

dice el cronicon de Valladolid hablando de una justa que se hizo en esta ciudad el dia 3 de abril de 1475.

Que en las mesas de las ricas casas españolas habia, cual en Francia, determinada etiqueta para el corte, servicio y repartimiento de los manjares, no lo dudamos, porque á mas de poseer en España una obra célebre sobre el arte en aquel tiempo, heredamos en Castilla la etiqueta misma de la casa de Borgoña, y en el reino de Aragon vemos la suya particular ya en las leyes *palatinas* de don Jaime II. En estas últimas vemos también admitidos los juglares y los músicos durante las comidas de personas elevadas; y que los españoles del siglo XV, y de mucho antes tenían también sus trovas y canciones, que llama Diez de Gamez hablando de los franceses *lais* y *delais*, *rondelas* y *complaintas*, no lo ignora el que tenga alguna noticia sobre la Gaya ciencia y juegos florales que con tanta fama se cultivaron en varias ciudades de la Península.

FLORENCIO JANER.

MONUMENTOS DE PARIS.



San Esteban del Monte.